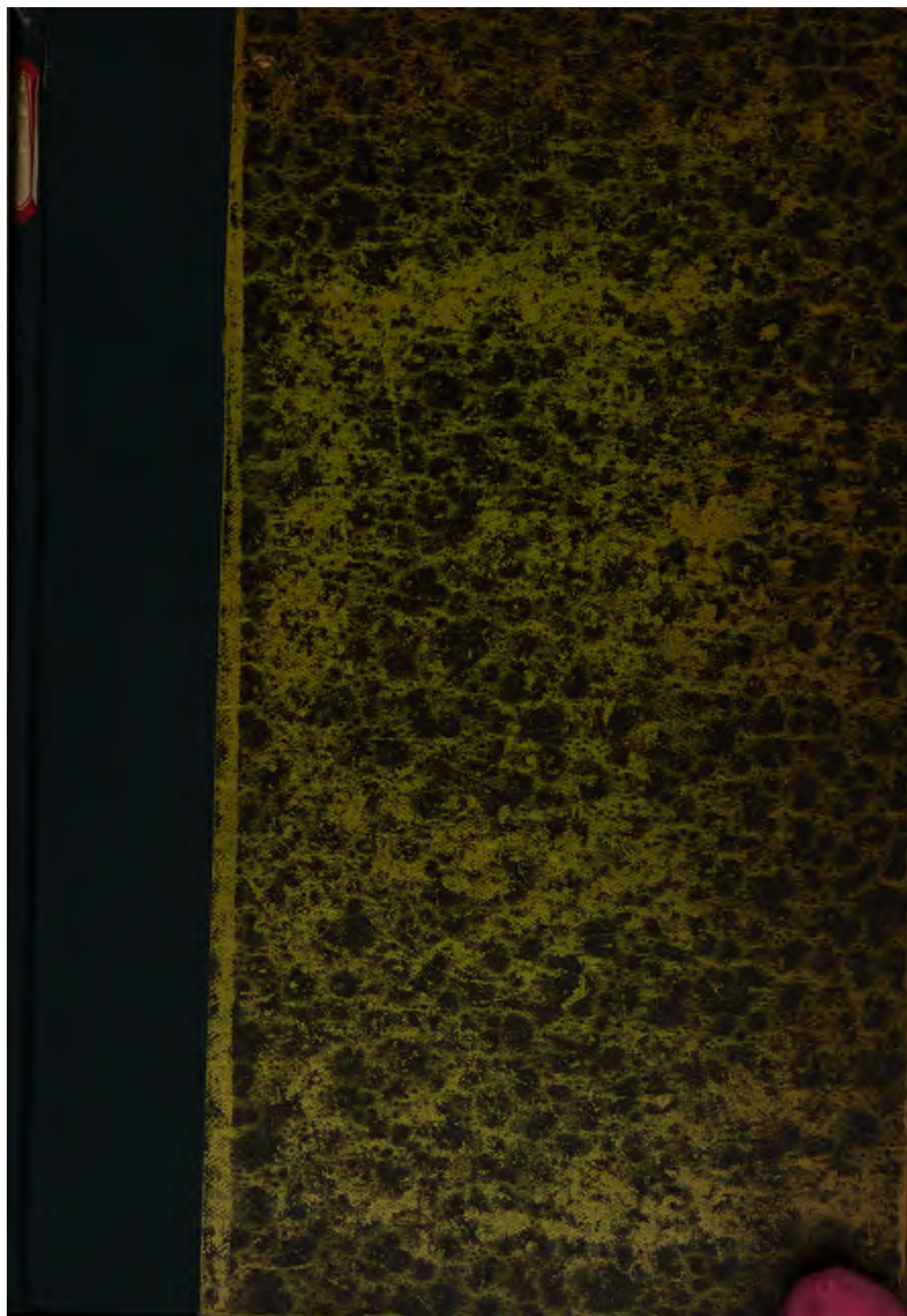


Alvaro de la Iglesia.

HOJAS SUELTAS

ARTICULOS DE PROPAGANDA CATOLICA

(APROBADOS POR LA CENSURA ECLESIASTICA)

CON UN PRÓLOGO DEL LCDO. D. AGUSTIN PENICHET.

> Cualquiera, pues, que me confesase delante de los hombres, le confesaré y también delante de mi Padre que está en los cielos.
>
> SAN MATEO, X, 32.

Precio: un peso.



MATANZAS.

IMPRENTA "LA PROPAGANDA," DE RODRIGUEZ Y CCMP. RICLA 55.

1893.

Estos artículos, en casi su totalidad, han sido bendecidos por el Iltmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Manuel Santander y Frutos, Obispo de la Habana.



Alvaro de la Iglesia

Al Iltmo. Señor.

Dr. D. Juan Bautista Casas

SECRETARIO DE CAMARA Y GOBIERNO

DEL OBISPADO DE LA HABANA,

la admiración, el cariño y la gratitud de

El Autor.



PROLOGO.

Acabo de leer el libro HOJAS SUELTAS, artículos de propaganda católica, que con aprobación de la Censura Eclesiástica, da á la prensa nuestro querido amigo el Sr. D. Alvaro de la Iglesia.

Recomendable por muchos motivos es el libro del Sr. Iglesia: la buena doctrina, desarrollada con estilo fácil y elegante, palpita en el fondo de cada uno de sus artículos: las cuestiones trascendentales del siglo se presentan y se resuelven con el supremo é infalible criterio de la Iglesia Romana, y la amenidad y el ornato de la frase contribuyen á hermosear las saludables enseñanzas que contiene.

Sin reputación literaria, no tengo autoridad para juzgar la estética del libro; pero mi corazón sinceramente católico ha sentido gozo inefable al recorrer las páginas de una obra que, como HOJAS SUELTAS, está basada en el profundo concepto del filosofismo augusto del dogma cristiano.

Al considerar el señalado servicio que viene á prestar á la sociedad y la familia una obra de propaganda, he de confesar que el libro del Sr. Iglesia llena todas mis aspiraciones, porque sus luminosos y valientes artículos trituran errores corrientes, refutan objeciones groseras y fortifican á los espíritus pusilánimes. Por otra parte, la obra responde á una necesidad evidente, sentida en toda la Isla y no remediada, El desbordamiento de la prensa, la lujuosa

ria desenfrenada y procaz de la novela, las mentiras maliciosas ó inocentes de la historia y la facilidad increible con que la juventud lee y se envenena sutilmente, han sido causas poderosas para que una sociedad altamente civilizadora y católica, el Apostolado de la Prensa, se dedique á la impresión de obras útiles, morales y cristianas. En nuestro país el mal anteriormente expuesto está muy arraigado, y la obra del Sr. Iglesia es el primer esfuerzo de una campaña moralizadora y digna del apoyo de esa misma sociedad, en pro de cuyo bien combate.

Y tantos peligros entrañan las malas lecturas y tantos beneficios dispensan las obras morales, que no resisto á la tentación de narrar aquí una historia trágica, como demostración del fin altamente caritativo que guía al autor de HOJAS SUELTAS en la publicación de una obra, no sin decir antes que el libro del Sr. Iglesia, escritor sinceramente católico y defensor muchos años en la prensa periódica de los fueros de la Religión, la sociedad y la familia, debe entrarse por las puertas de todo hogar cristiano y leerse en el círculo amoroso y estrecho de la madre y los hijos.

*

Era Marcelo á los doce años la flor y nata del barrio. Educado en la escuela de un anciano sacerdote, párroco del pueblo, sobresalía el muchacho por su claro entendimiento, su laboriosa aplicación y el aseo y la pulcritud con que vestía la pobre y remendada ropa, arreglada por Doña Angustias, madre amantísima y excelente mujer, encorvada bajo el peso de los sufrimientos de una temprana viudez y de una trabajosa existencia, pero fortificada por la práctica de las virtudes cristianas.

Marcelo, estimulado por el deseo amorosísimo de mejorar la situación de su buena y pobre madre y vigorizado por las saludables enseñanzas, anhelaba la hora de su juventud para consagrarse á labrar la ventura de aquella santa mujer, haciendo rápidos progresos en su penoso

aprendizaje, á la par que robusteciendo su débil cuerpo en el duro trabajo de la fragua que encallecía sus manos juveniles.

Bien pronto su conducta intachable, su tenaz y porfiada resistencia, su jovialidad y franqueza de carácter, le granjearon buenos amigos entre sus compañeros y el desinteresado afecto del jefe del taller, incondicional y decidido protector del joven mecánico.

A la incansable laboriosidad de Marcelo, correspondió un bienestar apacible en la casita de Doña Angustias, y transcurrieron felizmente dos años durante los cuales sonreía en aquel venturoso hogar la paz del alma, dulce y sabroso fruto de las virtudes de dos seres, unidos entrañablemente por el amor santificado al calor de los sentimientos religiosos de ambos.

*

Corría el año de 18.... En nombre de una mentida libertad, el periódico y el libro rompieron el freno de la previa censura, y una impetuosa corriente de novelas, folletos y papeles, inundó el país, sembrando de errores el corazón y la conciencia con sus doctrinas satánicas, provocando á la juventud con lúbricas desnudeces, envenenando el hogar y la familia con su propaganda bastarda, excitando, por fin, á la rebelión al obrero, despertando sus dormidos apetitos, halagándole y engañándole con una igualdad imposible y unas esperanzas irrealizables.

Por desgracia, Marcelo no pudo sustraerse á aquel peligrosísimo movimiento social, pricipitando su ruina un acontecimiento inesperado en el pueblo y una peroración en el Casino, en el saloncillo dedicado á la lectura y la discusión, peroración forjada por un tribuno al fuego de ideas revolucionarias, resplandecientes como la llama de un volcán, pero también destructoras como su encendida lava.

Al anochecer del domingo, concurrieron al Casino en

pos de novedades los labradores del contorno, los obreros del pueblo, y los desocupados, y á la indeferencia con que escuchaban las palabras del orador, sucedió bien pronto estupenda sorpresa al oir predicar á los cuatro vientos la revolución social, la teoría de la igualdad de las clases, el laicismo, la comunidad universal en los bienes en la escuela y el Estado sin Dios. Poco entendidos los más, abandonaron el local; algunos oyeron hasta el fín, recogiendo los números de los periódicos revolucionarios repartidos por el agente, compañero inseparable del tribuno. *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *El Motín*, *La Irradiación* y otros periódicos de igual jaez entraron en aquel pueblo envenenando y seduciendo la inocente sencillez de aquellos campesinos.

Marcelo fué de los más atentos, y si en los primeros días, que siguieron á la conferencia recordó lo ocurrido como pasatiempo dominical, luego censuró las columnas de aquella prensa infame y más tarde sintió un secreto goce leyendo y releyendo aquellas doctrinas disolventes.

Pasaron dos años; en aquel tiempo germinó la simienfe, y el Casino trasformado en club, era el centro de reunión de los exaltados, á cuyo frente estaba Marcelo, vociferando contra los ricos y defendiendo enardecido la causa del socialismo irresoluto, destemplado y enemigo de Dios y de la patria.

El spíritu de Marcelo, perturbado hondamente, adormecióse en quiméricos ensueños, imaginándose un porvenir venturoso tras de los rojizos resplandores de la tea revolucionaria, iluminando la agonía sangrienta de los burgueses y los ricos.

Soñaba delirante que Doña Angustias, enriquecida con el reparto social, veía discurrir placenteros y gozosos los postrimeros días de su ancianidad; no miraba que la pobre madre, andrajosa y entristecida, vivía en constante martirio, llorando á solas el extravío del hijo de su corazón.

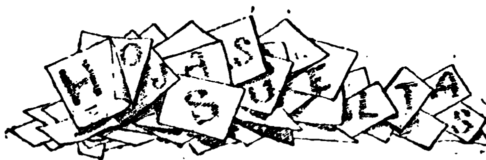
La disipación del espíritu de Marcelo enervó sus esfuerzos, y el tedio y la pereza destruyeron aquel antiguo

bienestar, consumiendo la actividad del joven socialista y abrieron de par en par las puertas de su casa á la miseria más espantosa.

Un día, día luctuoso para el pueblo de L., Marcelo salió de su casa al amanecer, y ni la suave frescura del ambiente, ni el piar de los pajarillos, ni el verdor de los campos fueron motivos para reanimar su semblante lívido; abstraido en sí mismo, profundamente pensativo y cabizbajo, las huellas del insomnio acusaban grandes tempestades en su espíriru. Recorrió sin darse cuenta las principales calles del pueblo y más de una vez, agitado y caviloso, en aquella vía dolorosísima, inconscientemente oprimió la culata del revólver, dejando escapar entonces por sus dilatadas órbitas los siniestros resplandores del pensamiento criminal. De pronto como impelido por una fuerza oculta y misteriosa se detuvo, y volviéndose en dirección á la casita de Doña Angustias, comenzó á andar con paso ligero, llegando hasta correr en aquella dirección, y empujando violentamente la entornada puerta de la casa, penetró con ademán resuelto en la salita, y disparó el arma parricida contra Doña Angustias, que de rodillas, en la presencia de un crucifijo y á la luz mortecina de una lámpara, rezaba sus oraciones.

El cuerpo inerte de la anciana cayó sobre el pavimento; el hijo criminal, furiosamente enloquecido, crispadas las manos, erizado el cabello, entreabierta la boca por sonrisa estúpida é infernal, en último y supremo delirio se atravesó el corazón de un balazo, y su cuerpo se desplomó rodando hasta descansar su cabeza de fiera en el rostro arrugado, pero angelicalmente apacible de la pobre madre.

AGUSTIN PENICHET.



AL LECTOR CATOLICO.

> Y vosotros sereis aborrecidos de todo el mundo por causa de mi nombre. Mas quien estuviere firme en la fé hasta el fin, este será salvo.
>
> S. MARCOS, CAP. XIII, V. 13.

TAL como en el último término del horizonte riñen cruda lucha, al esconderse el sol en el ocaso, la luz y las tinieblas, así en nuestro siglo contienden la verdad y el error, la fe y el descreimiento, la Religión sacrosanta de nuestros padres y la grosera impiedad, simiente maldita que ha brotado al calor de malvadas predicaciones y con la abundancia de la cizaña entre la mies en el suelo hoy profanado de todo el orbe católico.

Solo el origen divino de nuestras creencias y lo arraigadas que sus raices se hallan en nuestro corazón, han podido anteponer insuperable mu-

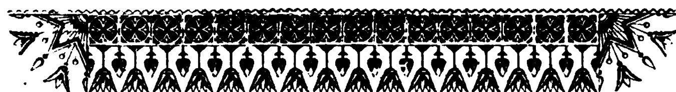
ro á esa ola fatal de la impiedad que amenaza con el constante golpeo del mar sobre las rocas destruir todo cuanto de santo y respetable, de digno y honrado queda en nuestra sociedad anémica y decrépita, carcomida por todas las miserias y todos los egoismos.

A todos los medios se ha apelado, todos los recursos se han puesto en práctica; la perniciosa propaganda ha penetrado astuta é hipócritamente disfrazada con brillantes arreos, ora en el sagrado del hogar y en el seno de la familia, ora en la escuela, plantel de las conciencias y crisol donde se purifican con el ejemplo y la doctrina los tiernos corazones de la infancia. La impiedad ha invadido con su envenenado aliento el libro, el periódico, el teatro y la tribuna, y á título de dar impulso y abrir paso franco al carro del progreso, la demoledora piqueta ha destruido y echado á tierra, desde el coronamiento á la base, todo el edificio de nuestras creencias, de nuestra fe, de nuestras tradiciones y nuestra piedad, legítimos títulos adquiridos á favor de nuestro abolengo de católicos y de cristianos, patrimonio de los siglos y de la historia.

Todo se ha negado audazmente en este siglo descreido, mal llamado de análisis y de crítica cuando lo es tan sólo de negación rotunda y atrevida, hasta aquellos principios que constituyeron, por decirlo así, durante tantas centurias, cánones sociales, y que fueron confesados, no solo

por filósofos cristianos sino por heterodoxos y enciclopedistas. Desde la necesidad de la Religión y su divino origen hasta su influencia poderosa en los pueblos y las sociedades, todo ha sido objeto de soberbia refutación, cual si lo importante, lo preferente en nuestra época, fuese socavar los cimientos del edificio social destruyendo todo principio religioso sin crear nada que pueda sustituirlo.

A contrarrestar en lo posible tan funesta y activa propaganda, tiende esta humilde colección de artículos escritos con la festinación propia de los trabajos periodísticos y que lanzamos hoy á la publicidad, más temerosos de que no llenen, ni con mucho, el objeto para que fueron creados, que con el cobarde miedo de aquellos que rehuyen una declaración católica en plena época de descreimiento é impiedad. Esto ni nos preocupa ni mucho menos amedrenta. Cuando la pluma anticatólica se mueve activamente, la pluma del católico debe moverse con actividad también, sin miedo á la crítica sectaria ni á los odios que pueda despertar la predicación de una doctrina grande por su orígen y grande también por la fuerza universal que la sostiene. La defensa de la Religión y el nombre de católico deben ostentarse con justo y legítimo orgullo. Un ilustre escritor contemporáneo escribe: «*Los cristianos del siglo XIX somos el número y somos el derecho.*» ¿Qué puede arredrarnos?



GOLPE A GOLPE.

Estamos en época de lucha. Frente á frente y en dos campos que una linea infranqueable señala, acampan las tiendas de los combatientes. La fe ilumina un lado, las espesas sombras del error envuelven con negro capuz el otro.

Aquí se lucha por la tradición gloriosa de diez y nueve siglos de regeneración social desenvuelta por el cristianismo. Allá se levanta la vergonzante bandera de un mentido progreso que, sustentado en el más grosero materialismo, hace de la familia un contubernio odioso y del matrimonio un asqueroso amancebamiento.

Allá se fundamenta una sociedad sin Dios, una familia sin amor, un estado social sin creencias. Aquí se juntan en apretado haz doscientos millones de creyentes para sostener la dig-

nificación de la esposa cristiana, de la madre católica, de la familia mantenida por el amor, de la sociedad creada á la sombra de la Cruz, foco poderoso que derrama sus vivos resplandores sobre el mundo.

De un lado el orgullo humano convertido en guía de la investigación y del análisis, la negación atrevida como dogma, la muerte alevosa de la esperanza y la condenación en vida y en muerte por trofeo. Del otro la fé sacrosanta por norte y por faro, la dulce esperanza en los destinos del espíritu por consuelo, la resignación cristiana por bálsamo á las penas.

En un extremo del sombrío horizonte, un puñado de insensatos que socaban con suicida pertinacia el edificio social para que les aplaste como reptiles con la pesadumbre espantable de sus bloques de granito. En el extremo opuesto, cien pueblos cristianos que una voz de lo alto dirige, defendiéndose de la ola de la anarquía que avanza rugiente y amenazadora, preñada de odios y de venganzas.

La Iglesia militante está llamada por Dios á defenderse. Con ella están el derecho y la jusjusticia, el número y la razón, la fuerza y la fé en su causa. Los estados más poderosos, las naciones amamantadas hasta ayer en las doctrinas disolventes de un liberalismo bastardo, desacreditado por su impotencia, sus errores y sus desaciertos, empiezan á fijar la vista en aquella

luz que alumbró el génesis de su civilización y el nacimiento de sus primitivas y verdaderas libertades y la voz de quien encierra en sus manos venerables la soberana dirección de las conciencias, hasta hace poco despreciada, óyese con respeto y veneración desde la Francia republicana, teatro reciente y sangriento de los salvajes desafueros de un pueblo liberal que arrasa hasta sus cimientos con el fuego una ciudad emporio de riqueza y que fusila vilmente en las calles un Arzobispo que bendice al morir á sus verdugos, hasta la imperial Alemania minada por el socialismo y los trabajos de zapa de los nihilistas, esos escarabajos sociales que laboran en la sombra y que llamándose apóstoles del progreso y de la libertad, clavan el puñal á traición en las revueltas de una calle, ó hacen volar cobardemente con dinamita, convertido en una masa sangrienta, á un monarca infortunado.

La reacción social, la defensa de la sociedad amenazada por las hordas salvajes del progreso, más crueles y más estúpidas que las hordas antropofágicas del África inexplorada, se anuncian por la unión de los pueblos católicos de Europa y América, en la lucha serena de las ideas y en las contiendas del pensamiento.

Algo más necesita hoy la Religión que la oración de la virgen y la propaganda sagrada del púlpito. Bendigamos á Dios en sus altares, alabémosle en sus obras, pidámosle por los que

lo niegan y lo blasfeman; pero soldados también de la fé, defendamos á su Iglesia de los ataques de la impiedad, sostengamos el derecho de su representante soberano en la tierra, refutemos en el periódico, en el libro y en la controversia los errores del libre examen, del ateismo y de la politica sin Dios, devolviendo con valor y sin vacilación cobarde á los enemigos de la Religión, golpe á golpe.





EL PAPA Y EL OBRERO.

——

La revolución dijo: anulemos el poder de los Papas y habremos anulado la Iglesia; y el huracán revolucionario, sintetizado en la esfera de la ejecución por un príncipe ambicioso y en la esfera de las ideas por todo un siglo de propaganda de los principios más disolventes, disfrazada por la ampulosa palabra *progreso*, pasó por sobre los Estados Pontificios barriendo fronteras inviolables y profanando sacratísimos derechos hasta limitar la acción del soberano Pontífice, de la cabeza visible de Dios en la tierra, á los estrechos muros del Vaticano.

Pero he aquí que cuando parecía todo hecho, cuando la obra de la iniquidad se había consumado, cuando llegaban para la Iglesia y su Pastor los años más difíciles y sombríos, desenvuel-

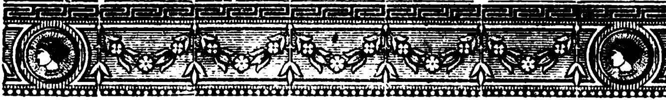
vese la acción poderosa del Papado con mayor prestigio y más alta fuerza, la debilidad del opreso Soberano manifiéstase, por la virtud divina, más portentosa y grande, y la voz del Jefe de los católicos que parecía ahogada para siempre bajo el peso de una constitución ó de unas leyes impuestas por la invasión, álzase más robusta que nunca, escúchase con mayor veneración, si cabe, que jamás fué escuchada y llena el mundo de un extremo al otro, pesando trascendentalmente en la vida de las naciones y de los estados. Pio IX lo había dicho antes de morir: *Podreis enterrar á Juan Mastai, pero nunca al Pontificado que representa Pio IX.*

Y véase de qué maravilloso modo, privado el Papa de los recursos de su soberanía material, limitado su poder á la limosna que el orbe católico deposita á sus piés, lleva por medio de la propaganda de la fé la luz del Evangelio á los más remotos términos de la barbarie, sostiene las fundaciones piadosas de Italia y del mundo entero, alienta con sus dones la instrucción religiosa en cien planteles cristianos, conserva el santuario de San Pedro, piedra fundamental de la Iglesia, promedia en las cuestiones internacionales, es aceptado como árbitro en ellas, dirije su palabra de paz y dá su autorizado y altísimo consejo á los pueblos y las naciones, ejerce, por fin, su alto ministerio de divina paternidad, reinando en las almas y en los corazones ya que

su legítimo reinado temporal en la tierra le ha sido arrebatado. ¡Qué grande, que soberanamente grande aparece el Pontífice Rey destronado, dominando en las multitudes por el poder de su altísima investidura!

Hoy la voz del soberano Pontífice se escucha en una Encíclica prodigiosa, cuya importancia y valor no es dable ensalzar, porque ensalzada está ya por su origen. No es la Iglesia Católica solamente la que escucha esa voz; es el universo entero que se postra ante el acento y la palabra escrita del que no sustenta con el imperio de la ley ni de la fuerza esas letras, más sí con la dulzura y la mansedumbre de quien habla á los corazones y á las almas.

El Papa habla precisamente á los hijos de la revolución que bullen y se sublevan en el seno de las sociedades, revolviéndose contra una condición mísera hija de los errores de su educación y de las perniciosas ideas que recibieron de su siglo. La revolución hales arrebatado todas las creencias, hales quitado alevosamente la esperanza y los resultados se palpan ahora, ahora que preocupan á los gobiernos y constituyen el más amenazador de los conflictos. Véase de que providencial manera viene á influir en la solución ó el alivio de los males del siglo, el soberano Pontífice, la primera víctima de la revolución.



LOS QUE NO CREEN.

. . . . puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios. Porque Dios se lo ha manifestado.

San Pablo á los Romanos.
Cap. I. v. 19.

Cuando oigais á alguno de esos infelices espíritus fuertes, que todo lo ignoran y si algo saben á ciencia cierta es que no saben nada, decir con tono de suficiencia y convicción: *yo no creo en Dios*, no os horroriceis ante tamaña blasfemia ni tampoco compadezcais al necio que la pronuncia, porque ese que dice no creer en Dios, cree en él y le teme allá en lo más recóndito de su conciencia, con el cobarde miedo de la sabandija que siente cercano el pié que puede aplastarla.

¡No creer en Dios! No creer en Dios es no creer en el sol que alumbra los cielos y la tierra

con sus rayos de fuego; es no creer en el firmamento azul que la soberana mano sembró de rutilantes astros; es no creer en el aire que respiramos, en la vitalidad que nos sostiene, en la llama misteriosa que alumbra nuestra razón, guía nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad.

¡Ah vosotros espíritus fuertes, vosotros que osais disimular lo que la divina justicia ha grabado con sello indeleble en vuestra alma y en vuestro corazón: no digais *no creo en Dios*, decid mejor, *no quiero creer que Dios existe*, para no temer á ese mañana que nadie sabe cuando llega, (porque la muerte llega callada y sutil como la noche), en que he de rendir estrecha cuenta al supremo juez de todos mis actos!

Así es: de todos cuantos dicen no creer, muy pocos son los que no creen. Y es que la existencia de Dios, no se declara tan sólo por la fé, sino que se manifiesta de un modo evidente y claro en las criaturas y en la creación entera. Parece como que la divina sabiduría al hacer surgir los mundos de la nada por el solo esfuerzo de su voluntad, ha impreso el sello de su existencia á todo lo creado. Y ora en el concierto grandioso de esa miriada de mundos que ruedan en el espacio con el harmónico movimiento que les fué impreso en un principio, ora en la tierra que sirve al hombre de lugar de prueba, la mano poderosa del Supremo Hacedor se ma-

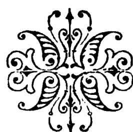
nifiesta en toda su grandeza, en toda su bondad, en toda su sabiduría.

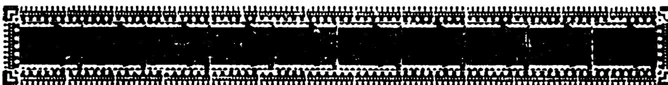
Y desde el astro rey que vivifica con su calor á todos los seres, hasta la débil arista que el viento arrastra en su remolino; desde el árbol que eleva al aire su pabellón de verdura, hasta el ave que cruza la inmensidad del espacio; en la ola rugiente, en la tormenta que lleva en su seno el rayo, en la noche sombría, en la aurora de colores, en el fruto que nos sostiene, en la luz que nos alegra y nos alumbra, en el amor, en la esperanza, en todo en fin, se alza un hinmo de gloria que canta en notas no fijadas en el pentágrama ni en la gama del sonido, la gran deza del soberano autor de la vida.

Lo mismo en la esfera de la sensación que en la esfera del sentimiento, tanto en lo que tiene vida y movimiento como en lo inanimado, en lo que vemos como en lo que presentimos, la existencia de Dios surge como la luz de las tinieblas, con la fuerza poderosa de lo incontrastable, de lo evidente, de lo inmutable. Hasta la ciencia, menguado broquel con que se encubre cobarde la negación atrevida y la duda deleznable, ríndese ante *algo* que no cabe en el corolario ni en el teorema, en la fórmula ni en la definición, cual si la omnipotente mano para poner á raya el orgullo del hombre, hubiera alzado una barrera inexpugnable á la investigación humana. La ciencia viene de Dios y á él con-

verge: por eso se rinde humilde ante Aquel que fué y es la suprema sabiduría.

No creais, pues, al que diga *no creo;* porque si en sus labios vaga esa estúpida negación, en su alma, aunque esté corrompida por los vicios, se alzará su propia conciencia para desmentirlo, y el espectáculo grandioso de la creación extendido ante sus ojos asombrados, cantará la grandeza y la gloria del Supremo Ser que rige el destino de los mundos.





COLON CREYENTE.

"Se descubrió la América porque Colón tuvo fe viva en su ideal, fe viva en sí mismo, fe viva en su Dios."
EMILIO CASTELAR.

DESDE las orillas del Tajo á las riberas del Hudson caudaloso, desde las faldas del Tibet á las del soberbio Chimborazo, del norte al medio día y de un polo del universo al otro, se alza un victor atronador y un resonante eco de triunfo en justa fama de aquel que dió un mundo á la corona de Castilla y á la humanidad entera, á los pocos días de haber mendigado un pedazo de pan para su hijo á las puertas de un monasterio.

Ante el nombre de Colón, la más alta y más legítima gloria de España y también del mundo parece como que se rasga el velo del tiempo y que á través de cuatro siglos de olvido, álzase

en todo el hermoso explendor de su grandeza el náuta insigne, el varón fuerte y animoso por encima de todas las glorias humanas.

Grande en su adversidad, grande en su idea, grande también en su triunfo, tiene que ser grande igualmente en la muerte, que no son la muerte con su frío, ni el sepulcro con su polvo deleznable, ni el tiempo con su desgastador curso, más que el vehículo de la gloria cuando el que ha rendido el cuerpo en la huesa, ha llenado de luz radiosa las páginas de la historia y asombrado el mundo con sus hechos y con sus virtudes.

Pero aún más grande que en su empresa épica, aparece Cristobal Colón como cristiano, como creyente, como corazón purificado en el crisol de la adversidad y del dolor.

Por la fe cristiana recorre las cortes de Europa mendigando protección de los monarcas; por la fe arrastra su cuerpo quebrantado á través de toda España, llevando de la mano á su hijo; por la fe mantiene ante el Consejo de Salamanca sus opiniones científicas; por la fe sigue aquella cruel peregrinación que acaba á las puertas piadosas de la Rábida; por la fe fía el éxito de su empresa atrevida á una débil embarcación; por la fe resiste los peligros y las traiciones de aquel largo derrotero; por la fe clava la enseña de la cruz en el nuevo mundo antes aún que la ansiosa planta; por la fe alarga, al fin, las honradas manos á la cadena infamante

y torna preso, enfermo y humillado á aquella patria que acaba de hacer la soberana de los mares.

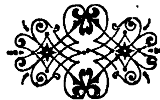
La fe en el corazón generoso, la fe en el alma templada y fuerte: he ahí el milagroso talismán á que debe el mundo el descubrimiento de América. Lo desconocido, lo ignorado, los peligros del mar y las tormentas de los cielos, la envidia de sus compañeros y las traiciones de sus émulos, ¿qué eran para aquel héroe cristiano cuyos ojos se fijaban á la vez en la cruz y en la brújula? La incredulidad, el escepticismo, la duda y hasta la burla síguenlo en ese génesis que empieza en Granada y termina en Palos de Moguer. Pero la fe triunfa de todo y otro corazón cristiano también, también creyente, comprende á Colón, contágiase de aquel sublime entusiasmo, pone á su servicio los recursos de una corona mermada por larguísimos años de guerra, y Colón se arroja al proceloso mar en busca de aquel mundo que ha vislumbrado en sueños. Colón cristiano, Colón creyente, es comprendido por una reina magnánima, cristiana también, también creyente. He ahí la suprema participación de la Providencia en la empresa más grande que se ha llevado á cabo en este planeta.

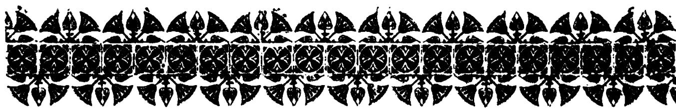
La ciencia apóyase en la fe, el marino insigne busca el auxilio de Dios, la débil nave perdida en la inmensidad del desconocido occéano, sigue el rastro luminoso de la cruz que condu-

ce la fe y que alumbra con sus tibios resplandores la estrella de la esperanza.

Creer...... he ahí la ciencia suprema. En el nombre de Dios la España heroica del siglo quince, arroja del suelo nacional la odiada media luna. En el nombre de Dios el inmortal genovés roba á los dominios del mar un mundo nuevo, prolongando los dominios de la nación que supo comprenderle y en los cuales no ha de ponerse ya más el sol.

Por eso si el mundo entero recogiendo del olvido de cuatro siglos el nombre de Colón, alza á su gloria estatuas y eleva himnos de triunfo á su memoria, el orbe cristiano une á ese concierto de homenaje universal sus mejores cantos de alegría, en honor de aqnel que llevó con la civilización y la cultura nacionales á las ignoradas y vírgenes selvas de América, la Religión Católica, suprema y altísima aspiración de su alma cristiana, invulnerable por la fe á los peligros del mar y á las traiciones de los hombres.





LA ENSEÑANZA LAICA.

Es una nueva conquista del progreso, un nuevo laurel con que debe engalanarse el siglo XIX.

Al matrimonio sin Dios, al bautizo sin Dios, al enterramiento sin Dios, tenían que seguir por fuerza, la escuela sin Dios, la educación sin Dios, la enseñanza sin Dios.

Es lo que dicen algunos: ¿Qué falta hace Dios en este siglo? ¿Qué intervención se debe á Dios en el Estado, en la sociedad, en la familia? El matrimonio es un contrato bilateral; el bautismo una inscripción para los efectos de la estadística y de la herencia; el enterramiento una necesidad de la higiene; la educación, la enseñanza, un medio de ganarse la vida. ¿Tiene, acaso, Dios que ver nada con todo esto?

¡Desdichada sociedad y desdichada genera-

ción la que piensa así y en tales cánones sociales se amamanta! Ciegos: resentís todo el social edificio arrancándole sus más sólidos cimientos, y os quejareis mañana de que toda esa inmensa mole venga á tierra con estrépito y os sepulte entre sus ruinas.

La enseñanza laica..... cualquiera creerá que se trata de la enseñanza libre; esto es, sin las trabas que oponen á su ejercicio la reglamentación ó el plan oficiales. También puede haber quien crea que es la libertad de que el que quiera aprender Religión que la aprenda y el que nó la deje..... Pues nada de eso. Trátase sencillamente de que el niño se eduque y se instruya en un perfecto desconocimiento de toda idea religiosa. Mas aún: algo más vil, algo más criminal, algo más horrible; que el niño aborrezca cordialmente á Dios, á ese Dios que los impíos y los ateos niegan, niegan rotundamente, pero á quienes, al parecer, debe estorbar mucho cuando tan sañuda guerra le hacen.

Dicen los libre pensadores con esa lógica que les caracteriza: al niño no deben inculcársele principios religiosos. ¿Con qué derecho se le imponen creencias antes de tener uso de razón? Dejad que sea hombre: entonces él elegirá la religión que mejor le acomode.

¡Oh razón de la sinrazón! Con igual fundamento preguntaremos nosotros: ¿con qué derecho se le impone al niño la indiferencia religiosa?

Esa es también una religion: la de los salvajes. O de otro modo: ¿por qué enseñais al niño moral social? Dejadle entregado á sus propios instintos. Cuando sea hombre, cuando tenga razón madura, si es un criminal, si es un foragido, los tribunales, la cárcel, el presidio ó el patíbulo se encargarán de hacerle comprender que debe ser honrado.

¡La escuela sin Dios! ¡Qué horror! Sólo á la simple idea de lo que llegará á ser una generación así educada, pone espanto en el ánimo.

Los niños, esos ángeles en cuyos labios deben vagar una oración ó una alegre sonrisa, blasfemando de Dios y de sus santos, burlándose de todo lo sagrado, profanando los templos, faltando al respeto á los ancianos, escandalizando en la vía pública, acercándose primero furtivamente, luego con cínico descaro á las casas de prostitución..... todo, todo eso es la obra de la enseñanza láica. Agarra al niño, pobre flor débil é indefensa, lo arrebata al plantel cristiano y lo hace arraigar en un basurero.

Y no me digais que la educación moral, y la religión natural, y el conocimiento de los deberes sociales son garantías que excluyen los principios religiosos. Hipocresía, mentira indigna. Vosotros arancais del corazón con vuestra criminal doctrina la purísima semilla de las creencias, el sentimiento católico, que es el consuelo y la esperanza en todas las amarguras de

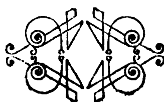
este mísero mundo, pero no teneis, malvados, otras creencias con que sustituirlas y por eso maleais el corazón, corrompeis los afectos, matais la resignación y destruis la fe para dejar enroscada en lo más íntimo del alma la venenosa serpiente del desencanto y la desesperación.

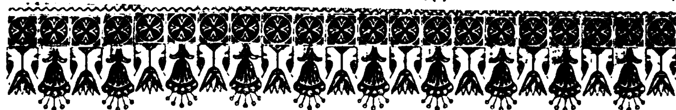
La enseñanza láica....... los pueblos que no creen..... yo solo puedo deciros, que en la estadística criminal de España la región que con menor cifra figura es la región vascongada. Y el país vascongado es el pais más cristiano de la tierra.

Madres cubanas: si alguno de esos apóstoles de las nuevas ideas, de esas ideas tan excelentes que producen nihilistas en Rusia y Alemania, incendiarios y asesinos de Obispos en París, é incendiarios también y presidiarios patriotas en Alcoy y Cartagena; si alguno de esos apóstoles, repito, se os acerca á pediros los ángeles de vuestro hogar para enseñarles á maldecir de Dios y de su Santa Madre, á no besaros la mano, á no saludar al nuevo día con la señal de la cruz, á preferir á vuestro amoroso regazo la mefítica atmósfera de la logia ó el club, no le presteis oido, no le entregueis esos tiernos corazones, dúctil bloque de cera, blando al moldeo de las buenas doctrinas igual que al de las más criminales y disolventes. Habéis sido dignificadas por la Cruz, habeis sido por la Cruz convertidas de mancebas en esposas, en madres, de esclavas

en reinas de la familia. No abdiqueis de vuestro católico abolengo y educad en la doctrina de la Cruz á vuestros tiernos hijos. Pensad que, como dijo el poeta

cuando las cruces caen
¡ay de los pueblos......





EL P. COLOMA Y SU OBRA.

POR segunda vez ocúpase la señora Sinués en el piso bajo del *Diario de la Marina*, del eximio autor de *Pequeñeces*. Después de los golpes recibidos de la crítica por el ilustre jesuita que ha dado ser en magistrales perfiles á la incomparable figura de Currita Albornoz; después de D. Juan Valera y Clarín y el genial revistero de *El Imparcial*, ¿qué podrá ocurrírsele decir á la buena señora que mece suavemente tres veces al mes á los lectores del Decano, en su folletín?

Pues lo siguiente:

«*Yo no me explico el que un sacerdote escriba novelas más que imponiéndoselo como castigo: si es que se asoma al mundo para estudiarle y conserva afición á él, ¡que suplicio para su absoluta soledad! Si desprecia ese mundo que pinta, ¡qué improbo y*

pesadísimo trabajo el de pintar sus costumbres, sus decepciones y sus falsías!»

La señora Sinués, novelista hasta cierto punto, nos va á permitir le digamos que mira desde un nivel muy bajo el plan del novelista y la misión docente de la novela.

El P. Coloma, novelista y sacerdote, puede escribir sin ninguno de esos *tiquis miquis* apuntados por la revistera madrileña.

Puede escribir, sin imponerse un castigo (aunque seguramente sienta mortificación al descender al análisis de las miserias sociales que describe) siquiera imponiéndose un trabajo.

Es posible que para describir con tan admirable fidelidad, no necesite asomarse de nuevo al mundo que voluntariamente ha abandonado, sino que le baste á su objeto reproducir lo que ha visto durante su vida mundana.

Y por último, si como ya hemos dicho, su labor es trabajosa, es también necesaria en una época en que se impone la enseñanza de la verdad, por los mismos medios y vehículos de que se sirve el error en su demoledora propaganda.

El Padre Coloma, en su talento de águila, no cree, como la señora Sinués, que las novelas anodinas y cursis, sean el mejor medio de moralizar. De ahí que haya apelado á un reactivo más poderoso. La sátira sangrienta, que es como el cauterio aplicado á la úlcera gangrenada.

¿Duele, señora Sinués?

Pues señal evidente de que la medicina sienta á las mil maravillas.
Ni más, ni menos.

*

Describe luego la folletinista del *Diario de la Marina*, la celda en que reza, piensa y escribe el autor de *Pequeñeces*, en Deusto, (Bilbao) y agrega ex-cátedra:

«*Allí descubre las miserias mundanas el solitario de Deusto: ¿busca en sus libros* PERFECCIONAR *la raza humana? No son obras como* PEQUEÑECES *las que lo consiguen, en ellas se muestran las llagas enconadas, asquerosas, pero no se dice el modo de precaverlas ó de curarlas.*»

Vamos, por lo visto la señora Sinués, quisiera que las novelas del ilustre jesuita no fueran *patológicas* sino *terapéuticas.* Algo parecido á un manual de medicina psicológico-popular. Pero tenemos entendido que la autora de la *Galería de Mujeres Célebres* no se ha dado aún cuenta de lo que es la novela contemporánea. ¿Le parece á la señora Sinués un grano de anís, señalar con mano valiente los vicios de una sociedad materialista y corrompida y practicar con seguro pulso el análisis *in animæ vili* de un *mundo* á quien la folletinista desvanece con mentidas alabanzas en sus crónicas elegantes?

Llamémosle una vez siquiera, señora, á las

cosas por sus nombres. Menos paños calientes. *¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? ¡Nunca se ha de decir lo que se siente?*

Por lo demás, si el P. Coloma muestra el mal, acierta en el diagnóstico y en el pronóstico, ¿no está la mitad del camino andado?

*

Y agrega la revistera del *Diario* así desdeñosamente, como haciendo un cargo al P. Coloma: «Diógenes, que muere como un animal abandonado en la posada de un camino. Currita Albornoz se *vuelve* á Dios y se arrepiente: ¿pero hallan el uno en la muerte y la otra en la vida, la paz del alma, esa celeste paz que es la señal del perdón del cielo?»

Señora Sinués, está usted en el camino de blasfemar en las mismísimas columnas del ortodoxo *Diario de la Marina.* Diógenes, que muere como un animal, habrá hallado ó no en la muerte, la paz del alma. Eso corresponde á la Divina Misericordia y depende de los últimos instantes de Diógenes.

Respecto de Currita Albornoz, es de creer que haya encontrado la paz en el arrepentimiento y en el claustro. A menos que usted crea más viable hallar esa envidiable paz en el corrompido ambiente que respiraba Currita en el mundo.

Y sobre todo, la paz del alma es patrimonio

de la virtud solamente, y ni Diógenes ni Currita fueron virtuosos.

Todo lo contrario.

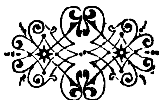
*

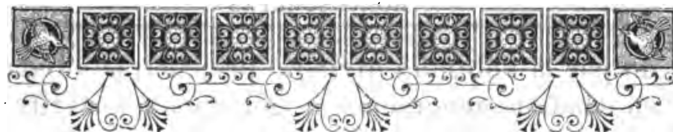
Estas escritoras que se arrojan con *temerario afán á la árdua empresa* de hablar de todo sin la debida reflexión, están á dos dedos del precipicio.

Según la Sra. Sinués, el Redentor del mundo *inspiró durante su vida pasiones grandes y profundas* y *María Magdalena* sintió *profundo amor por la belleza del divino modelo.*

¡Ah! también apunta la Sra. Sinués un embozado elogio de *Judas*, drama condenado por la Iglesia no hace muchos años.

Basta. El *Diario de la Marina* que leen millares de católicos en Cuba, debe hacer un pequeño espacio en sus columnas, y empezar á publicar la *Vida de Jesús*, por Renan. De la Sra. Sinués á éste, si media un abismo de talento, no media en heterodoxia ni el canto de un peso.





LA NATIVIDAD DEL SEÑOR.

Aquel Verbo era la Luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo.

SAN JUAN: I. 9.

La tradición, además de la Sagrada Escritura, que es una de las fuentes de la historia, ha conservado á través de los siglos con la frescura y la poesía con que tuvo principio en el año primero de nuestra era, la leyenda tiernísima y hermosa del nacimiento del Dios-Hombre en el más humilde lugar de de Judea. Así llega á nosotros después de diez y nueve siglos de civilización cristiana, con el mismo encanto, con igual atractivo que fué contada á los abuelos de nuestros abuelos, como si aquel misterio que tan decisiva influencia tuvo en el renacimiento del mundo, estuviese llama-

do por la voluntad divina á propagarse de edad en edad, de generación en generación cual título inapreciable y abolengo novilísimo que nos recuerde nuestro divino origen.

En la historia del progreso y de las revoluciones según el criterio tan absurdo como falso del libre examen, parece que nada significa ni sopone el nacimiento de un débil niño en el portal de Belén y sin embargo de él arranca toda una maravillosa transformación en el orden social, toda una metamórfosis completa y radical en el curso del mundo, modificado en la esfera de la familia por la dignificación de la mujer, en la esfera del poder por la participación de las democracias en la vida pública, en la esfera de los humanos destinos por la esperanza en la piedad suprema, por la ley de amor y de perdón predicada más tarde durante su vida y en la cima del Gólgota sangriento por el primer mártir.

El nacimiento del Dios-Hombre, no entre púrpura y encajes sino en el fondo de un pesebre y sobre unas humildes pajas, es la dignificación de la humanidad, es la voz de aliento al pobre, al menesteroso, al que sufre y al que gime, es la señal de que la Religión que nacía á nueva vida y con nuevos ritos por virtud del divino mandato, traía en sus preceptos la igualdad ante la suprema justicia, la redención del esclavo, el quebrantamiento de toda cadena, de toda servidumbre.

Para el cumplimiento del plan divino, Aquel que es de los orbes soberano esconde su majestad en un pesebre, desecha el terrible cortejo que le acompañó en Sinaí, busca en la más modesta clase sus deudos y para que resalte aún más lo sublime, lo excelso de su doctrina, viene al mundo miserable entre sencillos pastores, sin nada que delate su elevado origen, sin nada que denuncie que la Piedad Suprema envía al mundo un Redentor y un Apóstol.

La leyenda de Belén, leyenda por su carácter popularísimo y su ternura, dogma por su grandeza y su verdad, la leyenda de Belén, repetimos, propagada como todos los acontecimientos de procedencia sobrenatural, más que por el códice ó el manuscrito por la tradición viva de la Iglesia, es ejemplo vivo de aquella máxima evangélica emanada del Divino Maestro: *los humildes serán ensalzados*, que de otra manera dice: *bienaventurados los mansos y humildes de corazón.* Sirva ella de enseñanza á todos los que ensoberbecidos por los triunfos del mundo no recuerdan que los humanos así como hemos tenido idéntico origen, estamos providencialmente sujetos á un mismo fin cierto y seguro, el cual será según la medida de nuestras obras y de ningún modo equivalente á los dones que merecimos de la fortuna.





HEROES ANONIMOS.

La prensa enemiga del catolicismo, recoge cuando puede y cuando no puede recoger inventa todo cuanto redunde en descrédito del sacerdocio

Nosotros, ¡claro! como estamos á la recíproca, no perdemos ocasión de enaltecer al clero. Con ello no hacemos otra cosa que cumplir con nuestra misión.

*

Trátase de la leprosería de Molakay, que al igual de la de Cocorita en Africa, es el padrón más grandioso, el laurel más legítimo con que puede enorgullecerse la caridad cristiana.

¿Sabéis lo que es una leprosería? Muchos lo sabrán, pero algunos nó y á esos vamos á decírselo.

Leprosería es una colonia de leprosos. Todo lo que el mundo rechaza de sí con asco, todo lo más nauseabundo y repugnante de la humana miseria, todo lo más horrible reunido en una isla desierta, entregado á la desesperación, á la soledad y al dolor.

Allí donde una embarcación no tendría valor para atracar, aún sufriendo los horrores del hambre, allí donde la planta del hombre sano no se atrevería á pisar por todo el oro de la tierra, allí van á enterrarse voluntariamente todos los años algunos santos sacerdotes, héroes oscuros pero más grandes que cuantos han dejado en la historia la huella de sus conquistas.

No hace aún muchos meses que la prensa peninsular nos anunció la salida de España de una nueva expedición de sacerdotes del Sagrado Corazón para una leprosería de Africa. Ciertamente, á la sola idea del fin seguro que espera á esos mártires de la caridad, faltan frases á nuestra pluma y elogios á nuestros labios para enaltecer hasta donde lo merece, una abnegación tan heroica, tan sublime.

*

Al poco tiempo de la llegada del sacerdote á la leprosería, la horrible afección le hiere como el rayo. En aquella tarea solo comprensible en almas templadas al calor de nuestra hermosa y santa Religión, en aquella tarea, repetimos, de

curar al leproso, de atenderlo, de consolarlo, de alejarlo de la desesperación para echarlo en brazos de la dulce esperanza, el ministro del Señor siente apoderarse de su cuerpo el nauseabundo mal. El rostro pierde la forma humana, la carne se desprende á pedazos, la podre corroe como el vitriolo todos los miembros, todos los tejidos y el hombre se convierte en monstruo. Y aún así la palabra de paz se escucha, el sacrificio de la misa se celebra, la oración se practica y sube al cielo desde aquel antro de horrores y de gemidos como una nube de incienso á los piés del Señor, clamando piedad, consuelo, resignación..... ¡Qué grande aparece entonces la misión evangélica del sacerdote cristiano en medio de la leprosería!.....

Pues bien, ocupándose de uno de esos santos varones, el Padre Damian...... (ni apellido tiene. Por el Padre Damian se le conoce y al Padre Damian se le bendice. El sacerdote católico renuncia á todo, hasta á la gloria de que se conozcan sus antecedentes de familia), he aquí como se expresan tres periódicos extranjeros, uno herético,otro protestante y otro libre pensador.

*

Empecemos por el libre pensador.

Dice el *Diario Telégrafo.*

«De sublime valor de sacrificio, lo mismo que serenidad en los peligros horrorosos, el P. Da-

mian aparece como el más grande conquistador de nuestro siglo: él ha vencido la muerte. El mnndo en su persona contempla el poder que consigue en el consuelo de nuestros prójimos, un hombre de corazón, un apóstol que se atreve á desafiar las más extremadas miserias. Nó, la predicación más elocuente no sabría conmover tanto como el espectáculo de la Caridad enteramente cristiana de este heroico misionero.»

*

Ahora veamos el periódico herético.

Se llama *El Mundo Cristiano*, y dice:

«Así como nuestro Señor descendió de las sublimes ulturas de la eternidad sobre la tierra á fin de salvar al mundo que se perdía, así Damian renunció á las dulzuras de la sociedad para encerrarse voluntariamente en la isla Molakay. Él afrontó sin miedo todo lo horroroso que tiene la más incurable de las enfermedades. Él combatió con éxito las inclinaciones viciosas y el desorden moral á que se abandonaban los leprosos. Su caridad resplandecía como una pura luz en este lugar de tinieblas, y á su contacto se ve extenderse en la isla Molkay, la resignación y el amor á la pureza: ambas flores cristianas.»

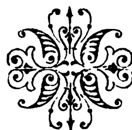
También este cumplido elogio del heróico Padre Damian, es digno de una pluma católica.

*

Por último, escribe *El Domingo de la Crónica Escolar*, órgano luterano:

«El Padre Damian no se sacrificará en vano, porque los leprosos de Molakay no carecerán ya de clérigos generosos que, semejantes á ángeles terrestres, se desviven en su favor. Y además hay en su perfecta abnegación una lección útil para levantar nuestras costumbres degeneradas.»

Y ahora bien: ¿creerán la impiedad ó el libre pensamiento, que este es un hecho aislado que nada prueba en favor de las excelencias de nuestra Religión? ¡Cómo se engañarán! En la Iglesia católica los Padres Damianes se encuentran por millares.





LA POBREZA.

"Por tanto os digo. No os acongojeis por vuestra vida, que habeis de comer ó que habeis de beber; ni por vuestro cuerpo que habeis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo que el vestido?

SAN MATEO.—VI.—23

La pobreza: he aquí una condición de la vida, que todos ó casi todos maldicen como el más grande de los males, cuando en realidad la pobreza no es mala sino para aquellos que nó la quieren llevar con paciencia.

Y la pobreza es una virtud. Jesucristo en su vida mortal, santa y ejemplar nos lo demuestra. Pudiendo haber nacido rodeado de todos los bienes y de todas las grandezas de la tierra, elije para familia una pobre y humilde familia de proletarios; pudiendo venir al mundo entre sedas y holandas riquísimas, nace en un pobre

pesebre, entre un puñado de paja y en lugar de servidores tiene á su lado una mula y un buey.

Débil recién nacido, en lo más crudo del invierno carece de ropas con que abrigar su desnudez; infante, sométese gustoso á la dura ley del trabajo y ayuda á su padre putativo en las labores de su humilde oficio de carpintero; hombre ya y designado por la voluntad del Eterno para realizar la humana redención, rodéase de pobres pescadores, elige sus discípulos entre los menos mimados por la fortuna, predica entre el pueblo y para enaltecer la virtud de la pobreza, esparce con su palabra estas divinas máximas: *mi reino no es de este mundo; quien desee la perfección tome su cruz y sígame; bienaventurados los humildes......*

Para sobrellevar el rudo peso de la pobreza, Dios ha puesto á nuestro alcance la virtud de la paciencia, de la conformidad, de la resignación. Practicando estas virtudes que llevan consigo tantos consuelos, todos los trabajos, todas las privaciones, todos los dolores son llevaderos. Además, la desesperación del que no está conforme con su suerte, ¿á qué conduce como no sea á hacer más duros y más crueles los trabajos?

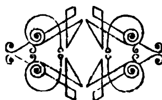
Por el contrario, aún en la morada más humilde, en el hogar más pobre, puede residir la felicidad si hay amor, si hay paciencia, si hay conformidad con la voluntad de Dios que nos envía esos trabajos para probar nuestra fe. A

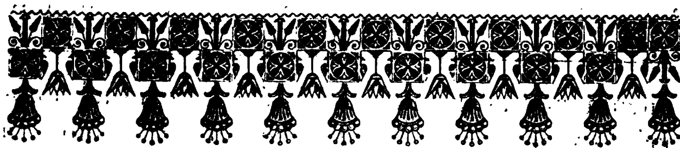
Marta, la santa mujer de que nos habla la Biblia y que prestando menos atención á la palabra divina que á las labores domésticas, reprendía á á su hermana porque escuchaba atenta la voz del Maestro, decíale éste amonestándola cariñosamente: *Marta, Marta: una sóla cosa es necesaria y es la vida eterna.* Efectivamente, bien poco es necesario para esta vida terrena, corta y deleznable; pero mucho más es necesario para la otra vida.

Por eso los que se agitan y preocupan mucho por los bienes de este mundo, generalmente olvidan ó descuidan los bienes seguros de la vida eterna. De ahí que Jesucristo dijera á sus discípulos: *en verdad os digo, que más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que entre un rico en el reino de los cielos.*

Nada más digno de compasión que esos seres desgraciados que envueltos en los harapos de la miseria ó en las estrecheces de la pobreza, aumentan sus penas con la falta de conformidad, maldicen de su suerte y emplean el día entero, no en alabar á Dios, sino en renegar de los trabajos que les envía. Y caso extraño, aunque no extraño, providencial: en aquellos hogares donde se pronuncia el nombre de Dios para renegar de él, para ofenderle ó injurirle, jamás penetran la abundancia ó la dicha: sobre ellos parece como que pesan, como una nube negra y fatal, todas las maldiciones que se pronuncian.

Para ser felices, en todo cuanto cabe serlo en la tierra, no son precisas, no son indispensables las riquezas ni las glorias. *Huid las grandezas*, decía un sabio, *y creedme, que puede vivirse bajo de un pobre techo, con más felicidad que en los soberbios palacios.*





THERMIDOR.

Nunca mejor ocasión pudo elegir Victoriano Sardou para dar á la escena francesa su drama *Thermidor* que hoy en que se preparan los simpatizadores de las bárbaras jornadas del 93 á celebrar su primer centenario.

Victoriano Sardou no es un escritor católico, ni siquiera un escritor moderado. Como hijo del siglo y amamantado en las nuevas teorías sociales, lo mismo que en los nuevos cánones en el arte, más están tocadas sus obras de ese pervertido gusto naturalista *fin de siglo*, que de un color imparcial y de alto vuelo. Pero Dios se vale muchas veces de malos instrumentos para declarar sus fines soberanos, y de ahí que á un hijo de este siglo descreído y materialista, haya sido

encomendada la pintura histórica de aquella horrible y asqueante hecatombe del 93, donde la libertad se mostró en toda su más repugnante dictadura, la dictadura de la ignorancia y la barbarie.

Quien diría á la revolución que habría de ser juzgada tan duramente por uno de sus hijos.

Pero oigamos á Sardou, en los siguientes fragmentos de *Thermidor*:

....

MARCIAL.—¡Qué infame despotismo!

LABOUSIERE.—Un retroceso, como ha dicho Camilo Desmouslin—y el decirlo le ha costado la vida—á los *felices* tiempos de Nerón y Calígula, en que diez mil desalmados imponen su ley á toda una ciudad acobardada; en que el terror anida en todos los hogares; en que el marido desconfía de su mujer y el padre de sus hijos; en que los bandidos ni aún tienen que cuidarse de burlar á la justicia, porque les basta pertenecer al comité de su sección para forzar tu puerta, á pretexto de visita domiciliaria, y despojarte de lo tuyo, á título de confiscación; en que tu vida está á merced de un criado ladrón que despides; de un deudor insolvente; de una mujer celosa; de un pariente avaro; de un juez implacable, que, en virtud de la ley de Prairial, te condena sin sumario, sin testigos y sin defensa, sin más razón que porque así le cuadra! ¡Siempre y por todas partes la palabra «*sospe-*

choso» te sigue de cerca, te amenaza y te denuncia! ¿Vas á Baucennes sin pasaporte? ¡Sospechoso, porque tratas de ocultar quien eres; pero no te apresures á reclamarlo, porque entonces es que piensas huir! ¿Hablas con educación? ¿Tienes maneras delicadas y camisa limpia? ¡Sospechoso! ¡Tu pulcritud huele demasiado á aristócrata! ¿Vas por las calles triste y con la cabeza inclinada? ¡Es que protestas! ¿Alegre? ¡Es que te burlas! ¿Inquieto? ¡Es que tienes motivos de temblar! ¡Cuida que la palidez de tu rostro no te denuncie! Camilo lo ha dicho, parodiando á Tácito: «¡Tiemblo de tener miedo!» ¡Sospechoso el talento, el saber, el ingenio, porque todo eso es antiigualitario! Sospechosa hasta la caridad; testigo el hijo de Micault, condenado, así lo dijeron, por tratar de corromper al pueblo con obras benéficas! No lleves ni aún luto por tu padre, muerto en el cadalso; te acusarán de anticivismo. ¡La muerte! No guardes, Pedro Godier, en tu alacena mendrugos de pan para tus gallinas. ¡Acaparamiento, hebertismo! ¡La muerte! ¡No atestigües como Capot-Fellit, ni tomes la defensa de un pobre acusado¡. ¡Indulgencia y moderantismo! ¡La muerte! ¡La muerte siempre por todo y para todos; ¡para todos menos para los asesinos!

....

Otro fragmento del segundo acto.

Marcial.—¡Pobre criatura! ¿De modo que sola en París...... sin recursos......?

Fabiana.—¡Sin recursos, sí! Llamé á varias puertas ofreciéndome á desempeñar toda clase de servicios por humillantes que fueran, y no encontré ni una sola que se me abriese, ni un retiro donde poder ganar mi pan; apenas me quedaba ya para vivir un par de días; ¡ni aún hubiera podido dormir bajo techado á no ser por la caridad de una pobre frutera que me cedía su desván las pocas horas que estaba en la plaza...! Abatida, desesperada, sin vislumbrar un rayo de luz que me alentase, pasé una noche por la iglesia de Nuestra Señora y entré en la santa mansión á implorar el auxilio divino. ¡Oh, qué cuadro tan horrible! ¡El templo sombrío, desierto, triste! ¡Sin altares, sin ornamentos sagrados, sin una cruz siquiera! ¡Sus anchurosas y severas naves, alquiladas á comerciantes de vinos y convertidas en hediondo almacén!.. ¡El vaho de la impiedad reemplazando á las nubes de incienso...! Llena de amargura contemplé la Casa de Dios de tal manera profanada y me pareció más imponente y más grande en su sacrílega desnudez, que en los gloriosos días de su espléndido culto»

He ahí descripta por una pluma modernista, que no puede aparecer como sospechosa de ultramontanismo, aquella salvajada horrible del

93, que algunos infelices calificaron de gloriosa epopeya.

En tan espantosa revolución que pone espanto en el ánimo cien años después de realizada y que seguirá espantando á las generaciones por venir, el fango subió del fondo, la escoria de las sociedades escaló cínicamente los más elevados puestos, y mientras tanto un feroz y sanguinario Marat, cuyo nombre será eternamente execrado, era el árbitro de Francia y amontonaba los cadáveres al pié de la guillotina; en las naves de Nuestra Señora profanada por el libertinaje y la impiedad de un pueblo estúpido borracho de vino y de sangre, se rendía culto á una prostituta y en el sitio en que se coloca al Santísimo, el busto del impío Voltaire descollaba entre nubes de incienso.

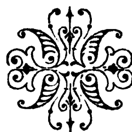
Mientras tanto un pueblo de bandidos y mujeres de mala vida entonaba la marsellesa para hacer más *grande* el sacrílego asesinato del infortunado Luis XVI, todo lo que valía en Francia, el talento, la riqueza, las artes, huia á la desbandada á refugiarse en España, en Bélgica, en Inglaterra, cual se refugian en los cuarteles las familias dispersas por los desafueros del invasor. Y en ese caso el invasor era ese pueblo liberal que iba á regenerar el mundo regándolo con torrentes de sangre generosa.

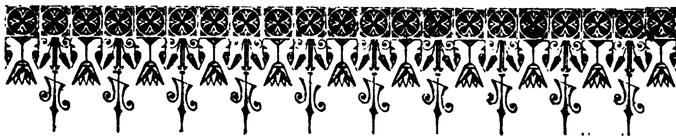
Ese fué el 93...... y ¡ay! eso mismo serán

todas las epopeyas canallescas del libre pensamiento y la demagogia.

Como supondrá el lector, *Thermidor* ha levantado grandes protestas en la parte más incivil del populacho francés.

¡Claro! A ningún malvado le gusta que le echen en cara sus crímenes.





LA MURMURACION.

Hay algunos que hablan como dando golpes de espada.
PROVERBIOS XII—XVIII:

El que guarda su boca guarda su alma: más la lengua difamadora tendrá castigo.
IDEM XIII—III.

Cuenta una antigua leyenda, que una infeliz é inocente joven, víctima de la murmuración, la maledicencia ó la calumnia, murió de pesar y de amargura viendo deshecha su felicidad y no pudiendo sobrevivir á su deshonra.

Torturado por los remordimientos, el infame autor de aquel grandísimo infortunio, fué á postrarse lloroso y dolorido ante el ataud de la infeliz doncella, expuesto en la iglesia del pueblo.

Arrepentido de la desgracia que había ocasionado con su maldad, derramaba abundantes lágrimas en el silencioso recinto, prometiendo entre sollozos dedicar su vida entera, toda su

existencia, á deshacer el mal causado, en cuanto era remediable, esto es, á pregonar las virtudes y honradez de su víctima, y á devolverle la fama que alevosamente le había arrebatado con su emponzoñada lengua.

Por permisión divina, dícese que la muerta levantándose de su ataud y dirigiéndose al arrepentido autor de su deshonra, le ordenó tomase la lámpara que ardía ante su lecho funeral y la volcase sobre el pavimento.

El difamador obedeció al momento, derramando el aceite sobre el suelo. Después de ésto, la infortunada joven, ordenóle recogiese otra vez el líquido vertido y lo tornase á verter dentro de la lámpara.

El autor de su desgracia, no pudo menos de responder:—Eso es imposible, pues aún cuando lograse recoger la mayor parte, ¿cómo podría hacerlo con el que ha absorvido el pavimento? Entonces respondióle la doncella:—Pues tan imposible es que me devuelvas la honra que me has quitado.

Tal es la calumnia, tal la difamación, tal el falso testimonio. Como el grito lanzado á los aires y devuelto por los ecos, como el vapor escapado de la vasija al fuego, como el agua vertida en la arena, no pueden ya recogerse. La maledicencia y la murmuración forman la pequeña bola de nieve, el falso testimonio la agran-

da, la mentira, la calumnia odiosa la convierten en obra de maldición.

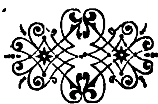
La murmuración, siempre pecaminosa, puede, sin embargo, no ser en algunos casos un pecado grave; pero ¿quién sabe donde empieza y donde acaba la murmuración? Lo que nació en maliciosa conversación en que se comenta con más ó menos caridad la vida del prógimo, puede concluir en tarea de descrédito de la que salga hecha girones la honra agena. La murmuración es un arma peligrosa, de más ó menos graves consecuencias, según las personas que la ejercen. De todos modos, cuanto tienda á deprimir, ridiculizar, criticar ó zaherir al prógimo es altamente reprobable.

Y si esto decimos de la murmuración, ¿qué no habremos de decir de la difamación villana que mancha cuanto toca y cuyas consecuencias son siempre temibles? La difamación es, además, golpe cobarde asestado á la honra agena, por la espalda, á traición, sin que le sea dable á la víctima defenderse de sus rastreros tiros. El resultado espantable se alza ante ella cuando todo está consumado; siente su horrible herida pero no sabe de donde viene el golpe que le hiere.

Al mayor criminal se le concede el derecho de defensa; pero ¡ay! al difamado no le cabe siquiera defenderse ni vengarse de su difamador. Fueron muchos y ninguno. Como se pintaba á

Argos con cien ojos, á la difamación debiera pintársela con cien lenguas de sierpe pregoneras de deshonra. Una voz fué el origen, pero una voz repercutida por cien ecos. La bola de nieve desprendida de la altura y convertida más tarde en formidable montaña de descrédito imposible de deshacer en lo humano.

Por eso los murmuradores y los difamadores están malditos de Dios.





LOS INCREDULOS.

En los primeros artículos de esta colección y con el epígrafe *Los que no creen*, nos ocupamos en esos infelices que tienen á vanagloria el decir *no creo.* Sin embargo de esto, punto bien diferente por cierto del que tratábamos en aquel artículo es el qne vamos á desenvolver en éste. La tésis de aquel pudiera encerrarse en estas frases: *Aún el que más presume de no creer, en el fondo de su alma cree en Dios y le teme, como teme la sabandija el pié del caminante que puede aplastarla con un breve impulso de su voluntad.* La tésis del presente trabajo es la siguiente: *Concedido que exista algún desgraciado verdaderamente incrédulo, si no cree en Dios, será con seguridad esclavo de toda suerte de supersticiones.* Por este solo

hecho el título de este artículo bien pudiera ser: *La credulidad del incrédulo.*

Lector benigno: ¿no han llamado alguna vez tu atención esas personas que miran con prevención el día trece ó el viernes, cuentan el número anterior con espanto en los asistentes á una comida, no pasan ni á tiros por debajo de una escalera, no permiten que se mueva una mecedora vacía, con la mano, no dicen *culebra* aún que los maten, no abren un paraguas en una habitación, no...... ¿pero á qué continuar si esta relación sería interminable? ¿Conoces á esos sujetos supersticiosos, lector amigo? Pues entérate discretamente de los puntos que calzan en materia de fe y..... verás como no calzan ninguno.

Es un hecho innegable, que en el alma del incrédulo ó del impío, se alberga como un murciélago negro y repugnante la estúpida superstición con todos sus risibles absurdos. Para esos espíritus fuertes, el mundo está en plena edad media y si hemos progresado en no creer en lo lógico, hemos retrogradado para creer á piés juntos en lo ridículo y en lo disparatado.

Esas inteligencias, pondrán en duda, negarán impíamente que Dios esté en cuerpo y alma presente en la hora de la consagración de las especies del pan y del vino; pero creerán ciegamente en que la vista de un alacrán presagia dinero. Negarán que por un milagro patente,

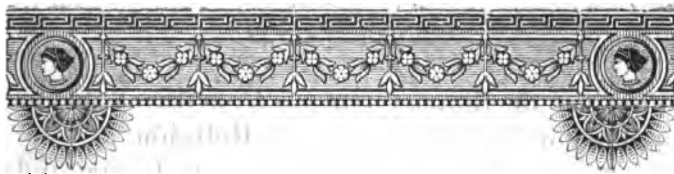
Jesucristo haya resucitado al tercer día de entre los muertos; pero sostendrán la influencia del ahullido del perro en la próxima muerte de un enfermo. Negarán el destino del espíritu al romperse el débil hilo de nuestra existencia; pero observarán religiosamente las indicaciones estúpidas de una echadora de cartas.

¡Peregrina condición la de esos corazones muertos á la fe y á la esperanza, que se sienten felices al llenar el vacío de tan sublimes virtudes con preocupaciones absurdas é indignas! Habladles del cielo, de la inmortalidad del alma, de la esperanza en Dios, del premio y castigo póstumos, de la sublime Religión revelada, en fin, que es el maravilloso talismán que nos hace invulnerables en esta lucha cruel de la existencia, y una burlona carcajada ó por lo menos una irónica sonrisa os demostrará su incredulidad cierta ó fingida. Pero habladles del mal de ojo, de brujería, de sortilegios, de amuletos, de talismanes de fortuna, de otra porción de ridiculeces por el estilo, y si no las aceptan por de contado, con seguridad que no negarán tan rotundamente su influencia.

Creemos inútil decir, porque todos nuestros lectores conocen el Catecismo, que es un pecado creer en agüeros, hechicerías y cosas supersticiosas. Pero á los infelices de quienes nos ocupamos en este artículo, poco se les dará de eso, por la sencilla razón de que no creyendo en Dios

¿cómo han de creer en los pecados? Nuestro objeto, como hemos declarado ya, es hacer resaltar la credulidad del incrédulo, ó lo que es lo mismo, hacer patente el raro criterio de esos espíritus fuertes del siglo XIX, que considerándose admiradores del progreso, hombres de la civilización, partidarios entusiastas de las luces y enemigos del escurantismo, demuestran con sus actos ser esclavos del error, enemigos del progreso, partidarios de la oscuridad y víctimas de todos los absurdos y de todas las preocupaciones.





LA OBEDIENCIA.

La obediencia es una virtud cristiana, virtud que el mismo Salvador practicó en la tierra, viviendo sometido á la autoridad paterna de José y de María. Solo este ejemplo que nos proporciona el Divino Maestro, aquel que se sienta al lado del Padre, obedeciendo en su vida mortal al humilde carpintero de Nazareth, basta para fijar la santidad de esa virtud en la Iglesia, en la sociedad y en la familia.

La obediencia en el orden religioso se manifiesta por la sumisión á los preceptos divinos predicados por Jesucristo, revelados por Dios á su Iglesia, interpretados por los Santos Padres, dictados por la autoridad infalible del Sumo

Pontífice de Roma y por sus Concilios y propagados por los ministros de la Religión.

En el orden social se manifiesta la virtud de la obediencia por el acatamiento y el respeto á los soberanos y á las autoridades que de éstos emanan y por el cumplimiento de las leyes y disposiciones decretadas para el orden interior de los pueblos.

Y por último, la virtud de la obediencia se manifiesta en el orden de la familia, por el respeto y sumisión de los hijos para con los padres, de la esposa para el esposo, de los inferiores para los superiores, de los criados para los amos, pudiendo ampliarse esta obligación á los discípulos para con los maestros, puesto que el maestro no viene á ser otra cosa, en su digno ministerio, que un representante de la autoridad paterna en la difícil misión de la enseñanza.

Comprendida en esta escala gradual y ascendente la virtud de la obediencia, échase de ver que arraigada y adquirida en el hogar, alimentada en la escuela, fortalecida en el estudio y en el cumplimiento de los deberes religiosos, viene á desarrollarse en el estado de tan maravilloso modo que tendremos un pueblo próspero, feliz, culto y progresivo, si contamos con una familia moral, religiosa y obediente, y por el contrario, quebrantados por la soberbia, la rebeldía á los preceptos paternos y el menosprecio de la Religión los lazos de la familia, ten-

dremos una generación díscola, levantisca, inmoral y revolucionaria.

¿Podrá esperarse que el hijo que no respeta ni obedece á sus padres, obedezca y respete á las autoridades de un Estado?

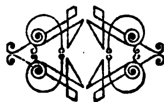
¿Será lógico creer que el que no cumple los Mandamientos de Dios observe el cumplimiento de las leyes de su país?

Un criado desobediente, irrespetuoso, altivo é infiel, ¿podrá ser mañana un soldado de la patria leal, cumplidor de la ordenanza, sumiso y disciplinado?

La virtud de la obediencia que, como hemos dicho empieza á nacer al amoroso calor del hogar, viene más tarde á desenvolverse en todas las esferas sociales, puesto que para que el organismo social se mantenga en orden y perfecto equilibrio, ha de haber por fuerza dos elementos: uno que mande y otro que obedezca. La autoridad emana en la Iglesia, de su cabeza visible en la tierra y de sus ministros; en los Estados, de los soberanos, los príncipes, las autoridades y sus delegados; en la familia, de los abuelos, de los padres, de los esposos, de los amos; recibiéndola todos de Dios. Rómpase el equilibrio en cualquiera de estos órdenes, y las consecuencias se sentirán, ora en el drama del hogar, con su cortejo de lágrimas y aún de sangre; ora en la descomposición moral originada del menosprecio de la sacrosanta Religión; ora en el mo-

tín, en la guerra asoladora, en las prisiones y en los cadalsos.

El pecado de soberbia, de desobediencia, de rebeldía lo castiga Dios con gran severidad. Por la soberbia y la desobediencia fueron arrojados al abismo los ángeles y su fatídico jefe. Imitemos en la obediencia á esa tiernísima figura de Jesús en la sagrada familia. Jesús, Hijo de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad, obedece la Ley Antigua sometiéndose á la circuncisión; obedece á las leyes de su país sometiéndose al empadronamiento general y dando tributo al César; obedece á sus padres trabajando en el taller del Santo Patriarca, antes de sonar la hora de su predicación. ¡Qué ejemplo más elocuente para los humanos! Imitémosle.





LA MORAL PUBLICA.

UN periódico serio de la Habana, *El Avisador Comercial* ha publicado recientemente un discretísimo artículo acerca de la pésima organización de la policía entre nosotros, artículo con el cual, salvo insignificantes detalles de forma, estamos perfectamente de acuerdo, sobre todo en su espíritu encerrado clara y ostensiblemente en esta verídica afirmación:

«Mientras las aceras del Parque Central y los pasillos de los teatros se llenan de individuos de Policía, afanosos de ostentar las insignias de su limitada autoridad, en otros lugares de la población, no ya solo en apartadas calles, sino también en los alrededores del centro, se cometen impugnemente toda clase de delitos.»

Quien encuentre duras estas frases, de una ingenuidad indiscutible, de una exactitud matemática, dése una vueltecita por las calles de esta *cultísima* población y después...... hable.

*

Pasemos por alto la higiene. Ni nuestros agentes de policía entienden de higiene una palabra, ni les importa un bledo que la vía pública supere en nauseabunda suciedad á la más sucia aldea de Marruecos.

Por otra parte: á la incuria municipal corresponden la desidia y la indiferencia de sus agentes.

Ya pueden descomponerse en mortíferos miasmas, bajo la acción de este sol de fuego, los más asquerosos desperdicios en medio de la vía pública. Nuestra policía pasará por junto á esos focos de infección, con la gravedad del jumento, sin ocurrírsele ni por pienso, averiguar quien pueda ser el autor de esos desafueros.

Los agentes de la autoridad están para velar por el orden público.

*

La prostitución que tiene apestada á la Habana, aún más que la apestan sus suciedades, puesto que apesta las costumbres, hace alarde de su repugnante miseria en la mayor parte de nuestras calles.

Las desgraciadas que viven de ese vil comercio, pasean su desvergonzada desnudez por la

vía pública ó la exhiben como muestra de la clase de mercancía en puertas y ventanas.

Las canciones obscenas llenan el aire y van á encontrar eco en el seno de las familias honradas. Las palabras soeces y los términos de burdel avergüenzan al ciudadano que pasa.

Los agentes del orden siguen su paseo, graves y pensativos, sin dársele un ardite por todas esas horrible ofensas al decoro, á la cultura y á los bandos de policía.

Ellos están para conservar el orden. El orden no se ha alterado.

*

La blasfemia contra Dios y sus santos, las palabras sacrílegas y los vocablos más soeces, resuenan en calles y plazas pronunciados hasta por niños de cortísima edad. Una mula que tropieza y cae por consecuencia de la bestial carga que le imponen y que debiera, en castigo, arrastrar el inhumano que tal hace; un carretón que se atasca, un carruaje que se cruza impidiendo el libre curso de los vehículos; de ahí surgen, como vomitados por el infierno, los juramentos, las blasfemias, los insultos más soeces.

¿Y la policía? pregunta uno. ¿Qué hace la policía? La policía está para mantener el orden. Allí nadie se ha ido á las manos, Se han dicho solamente *unas palabras*......!

Sí, unas palabras que piden á gritos una

mordaza. Unas palabras que sonrojan á quien las escucha. Unas palabras que ofenden á Dios, á la sociedad, á la familia.

Pero la policía no está para velar por Dios, por la sociedad ni la familia. Está para velar por el orden.

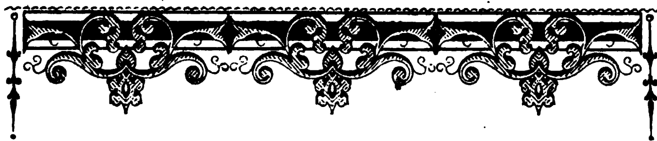
*

¡Ah! tiene mil veces razón el *Avisador Comercial*, al decir que *la mayoría de los individuos que pertenecen hoy al Cuerpo de Policía, carecen por completo de las condiciones de fondo y de forma que se requieren, para tratar y darse exacta cuenta de los graves problemas que mueven la pública opinión y constituyen á veces la base principal de los más culminantes acontecimientos.*

Pues que, ¿acaso la policía no tiene una jurisdicción más lata, más extensa que la que afecta al mantenimiento del orden material? Pues que, ¿acaso la alteración del orden se manifiesta solamente por los motines, las pendencias, los tiros ó las puñaladas?

¡Cuánto, cuanto hay que hacer en esta conturbada sociedad, corrompida por el olvido de todos los deberes y contaminada hasta los huesos por esa indeferencia punible que empieza en el alto funcionario y concluye en el infeliz polizonte!......

20 de Septiembre de 1891.



¿A DONDE VAMOS?

El progreso atroz de este siglo es tan grande, tan espantosamente grande, que se traduce por igual en las manifestaciones de la inteligencia y en las manifestaciones del sentimiento.

Hoy no se siente como sentían nuestros infelices abuelos. ¿Quién se acuerda de aquellas vejeces?

*

Conozco á un jovencito que lee á Krause y almuerza en *Inglaterra*, á quien vale la pena de oir cuando se tratan asuntos hondos, trascendentales.

—Tan cierto, como que Dios existe: exclama uno en su presencia.

—¿Pero es qué usted cree en Dios? interroga admirado sinceramente nuestro mocito.

—A piés juntos, cristiano.

—Pero hombre; usted está creyendo en velorios de chinos manila.

*

Se habla de mujeres, de conquistas, de amores.

—¡El amor! ¡las mujeres!..... ¿quién cree en la mujer ni en el amor? exclama un imberbe recien salido del Instituto.

Las mujeres, la mejor.....
es una..........................

Y se recita los tan sabidos versos de *El Diablo Mundo.*

A cualquiera se le ocurre, oyendo esto, que ese jovencito se complace en hablar mal de su señora madre.

*

Dos hombres sérios tratan de negocios.

—Asunto concluido. Le empeño á usted mi palabra de hombre honrado......

—La palabra... no me atreveré en modo alguno á poner en duda la honradez de su palabra de usted; pero..... si le parece á usted bien haremos un documentico.

*

Se refiere cierta historia íntima en que la honra de una familia se pone en tela de juicio.

—La esposa, que es una mujer honrada y digna, rechazó el pan de sus hijos ofrecido á seme-

jante precio. Prefirió la miseria á un bienestar del que eternamente habría de sonrojarse.

El coro en diferentes diapasones:

—¡Qué tonta!—¡Vaya un puritanismo estúpido!—¡Cuidado que hay mujeres bestias!

*

Se cuentan los méritos de un funcionario incorruptible y digno:

Comentarios:

—¡Tres años en aduanas y salir pobre!—Bien empleada le está la cesantía.—Pero ese hombre era un lila......—¡Qué bruto!—¡Qué idiota!—¡Mentecato!......

*

—Pues, señor, ella me amaba con toda su alma y yo tambien la quería con locura. Era pobre, cierto es, pero tenía las condiciones más excelentes para madre y esposa modelos.

—¿Y la dejó usted?

—¡Claro! Se trataba de una heredera. Cincuenta mil pesos de dote, en moneda contante y sonante y en acciones de ferrocarriles. Yo lo sentí mucho; pero el buen sentido me aconsejaba proceder así. Luego los consejos de la familia, los amigos......

*

Un sujeto cuenta sus glorias en el foro:

—El negocio era negro, pero ¡cuánto vale un

buen letrado! De tales sutilezas se valió, tales recursos puso en juego, de tal modo estudió el asunto, que el otro, encima de lo perdido, me ha indemnizado y ha tenido que pagar las costas.

Los oyentes:

—Es una inteligencia Fulano.—Lo que es en el foro de la Habana no hay dos que le echen la pata encima.—¡Qué talento!—¡Qué agudeza!—Ese hombre se hará rico......

*

Una confidencia entre elegantes.

—El viejo se puso como un ají guaguao. Me dijo improperios; me amenazó con su maldición si continuaba en esta vida.

—¿Y después?

—Después le eché á mamá. Ella se encargó de ablandarle.—No seas tan severo para tu hijo, le advirtió, es jóven, está en la edad de los placeres. Tiempo tiene de formalizarse.

—¿Y ahora?

—Ahora... *bacha*, adelante. Chico, que trabajen los bueyes que tienen el cuero duro. Pues no faltaba más que fuera yo ahora á defender la vida como cualquier persona ordinaria. El viejo tiene dinero. Miéntras dura vida y dulzura.

*

Un tenorio incipiente:

La niña es algo ligera de cascos. La madre es ciega del entendimiento ó hace que no ve; yo

estoy enamorado como un......; calcula las consecuencias......

Pero atiende que la ley...

—Chico, no seas mentecato. Todo se reduce á destierro y á reconocer la prole..... si la hay.

—Pero ¿y esa jóven como queda?

—El mundo es grande. Nunca falta para un roto un descosido.

*

En el hogar.

—Niña; no hagas eso. Que no vuelva á repetírtelo......

La niña entre dientes:

—Vaya, me da la gana... ¡Tan regañona!...

—¿Qué es lo que murmuras?

—Lo que á usted no le importa.....

Un visitante que ve, oye y juzga;

—Pero, señora, ¿usted permite?...

—Quien hace caso de niños. Todos hemos hecho lo mismo.

*

En el pórtico de un templo. Un corrillo de jovenes..... dorados.

—La primera que está á la derecha entrando. Vas por detrás de la columna, le tiras esta rosa y un beso.

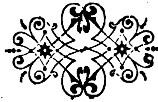
—Mira que tocan á alzar.

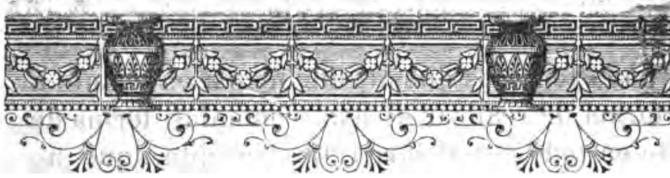
—No importa. Si no lo haces no eres hombre.

*

Lector: ¿no sientes frío en el alma al recordar todo lo que ves y oyes á diario en estos ligeros cuadros que tan mal ha trazado mi torpe pluma? ¿No los encuentras de un realismo absoluto, y de una crudeza espantosa? Pues reconoce en esa generación podrida á la que presume ir empujando bizarramente el carro del progreso.

Y después, dime á donde vamos á parar.





LOS BIENES DEL CLERO

Un periódico, (el nombre no viene á cuento), ocúpase recientemente de la situación económica de esta Antilla, con motivo de la cuestión de presupuestos, y opina que deben hacerse importantes economías en todos los ramos para enjugar el considerable déficit que resulta por virtud del convenio de reciprocidad con los Estados Unidos.

Nada tenemos que argüir á eso. Si las economías se imponen, cumple con su deber el periódico que recogiendo en sus columnas los ecos de la opinión, defiende soluciones económicas razonadas y discretas. Pero si respecto de la opinión concreta de ese periódico, en lo que afecta á la nivelación de nuestro presupues-

to, nada tenemos que argüir, no así en cuanto á la forma de realizar dichas economías, forma de todo en todo tan absurda, tan insólita, que no cabe sea admitida en serio por nadie que piense, lea ó escriba con ayuda del entendimiento.

Y de eso vamos á ocuparnos ahora. Pero antes séanos permitido hacer una aclaración. El periódico referido es *democrático*......

*

Dice el colega:

«*Que son indispensables las economías, está en el ánimo de todos; pero hay cosas supérfluas, enteramente, que se debían de suprimir por completo.*

¿Se hundiría acaso el planeta si el Gobierno dijese al clero: no podemos pagarte el sueldo oficial porque no hay con qué?— Y suprimirlo.

Tal parece que pudiera haber un cataclismo.

Y diremos nosotros: Con igual derecho con que se pide la supresión del clero, por superfluo, podemos pedir nosotros que se suprima el ejército, la armada y la administración. ¿Cree acaso el económico colega, que es más necesario el ejército que el clero? Pues nosotros creemos que nó, y en punto á economías, nos parece que tantas y tan importantes pueden hacerse en el ejército de Cuba, como haría el colega, (si fuese Gobierno, que no lo será, ¡Dios nos libre!) en el clero de la Isla.

Por lo demás, con la supresión del culto y

clero en Cuba, claro está que no se hundiría el planeta. Sólo, sí, se hundirían algunas almas en los infiernos. Cosa que parece tiene sin cuidado al colega *democrático*.....

*

¿Pero es que el periódico de quien nos ocupamos, cree sinceramente que el capítulo de culto y clero lo paga graciosamente nuestro gobierno? ¿Pero es que el colega no sabe nada de los que, en un tiempo, se llamaron bienes de la Iglesia? ¿Pero es que tampoco ha oido hablar palabra de lo que es el Concordato?

¿Nó? Pues debe enterarse de todo eso, aunque no sea más que para que se le quite de la cabeza la absurda creencia de que el Gobierno regala un millón, generosamente, al clero de Cuba, cuando en realidad no hace otra cosa que pagar malamente los mezquinos intereses de un préstamo cuantioso.

*

El que tan ligeramente escribe sobre el clero habrá visto sin duda, si ha viajado por nuestra monarquía, convertidos en cuarteles y otras dependencias del Estado hermosos edificios cuya fachada suntuosa y cuya grandeza interior delatan que aquellas naves fueron lugar de oración y no caballerizas ó depósitos de provisión del ejército. Todos esos edificios no le costaron un céntimo al Estado y el colega debe ser bastan-

te discreto para suponer que no se alzaron allí por obra de encantamiento. Pues *eso*, todo *eso*, eran bienes de la Iglesia que el Estado tomó para sí porque lo creyó lícito y fácil.

Y aún más que edificios. Montes, dehesas, heredades, viñedos, legados, fundaciones, propiedad indiscutible, por derecho, del clero y de la Iglesia de España, á favor de una gran iniquidad que se llamó desamortización eclesiástica y cuyos términos de contrato han quedado en gran parte incumplidos, pasaron á poder de la nación.

Después de esto, ¿aún cree el periódico que la mala paga de un cura es un robo al erario público?

*

Y continúa el periódico de Cienfuegos:

«*El regalado clero, después de percibir grandes sueldos oficiales, no paga impuestos de ninguna especie por sus fábricas, propiedades, establecimientos, etc.*»

Permítanos el colega le digamos que disparata maravillosamente.

¡Pero hombre de Dios, como han de pagar contribución las catedrales, las iglesias y demás fundaciones católicas si son *bienes del Estado*? ¿Va el Estado á cobrarse á sí mismo?

*

Y sigue el ilustrado *demócrata*.....

«*No hacen nada gratis. Todo lo cobran al contado. Sus utilidades son líquidas.....*»

¿Quiere decirnos ese periódico si regala él la sucripción? ¿Fían en Cienfuegos el peso en oro, del periódico? ¿Sus utilidades son líquidas ó son sólidas? Pues si usted cobra el importe del trabajo de su malaventurada pluma, para adquirir el necesario sustento, ¿quiere usted que el sacerdote católico viva del aire como los camaleones? ¡Vaya unas doctrinas igualitarias que saca usted de su democracia!.....

*

Y dice refiriéndose á la Iglesia y á sus ministros:

«*Cada día echan nuevas raices en los pueblos donde más trabaja la gente y en donde se huelen que puede haber dinero.*»

Primeramente tomemos nota de esa confesión democrática. ¿Pues no nos atruenan ustedes los oidos á diario, con que *esto se va*, *el Catolicismo agoniza*, etc. etc.?

Por lo que toca á *echar raices donde hay gente*...... ¡hombre, claro está! No que fué usted á fundar su periódico á la bahía de Nipe.......

*

Y el artículo en cuestión, como las cartas de las mujeres, lleva lo más interesante en la *postdata*.

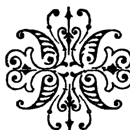
Dice:

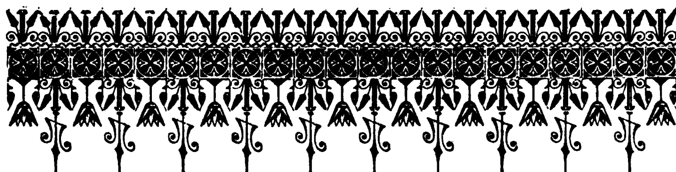
«*Como sucede actualmente con ciertas «Herma-*

nitas» de otros «Hermanitos» que pretenden hacer creer á los padres de familia de Cienfuegos que no hay colegios de niñas aquí que valgan algo, y que solo ellos pueden hacer la felicidad del género humano.»

Vamos, ya pareció aquello. Aquello es la inquina del periódico contra el colegio católico que el católico pueblo de Cienfuegos se empeña en sostener para que en él reciban cristiana educación sus hijos y para confusión y vergüenza de escuelas laicas y de escuelas masónicas donde el profesor explicará en breve, muy serio, la leyenda de Irán ó las lucubraciones insulsas de Rosario Acuña á... las banquetas.

Porque discípulos, no hay de qné.





LA BLASFEMIA.

El que guarda su boca guarda su alma,
PROV. XIII—3.

Hay generación que maldice á su padre y á su madre.
PROV. XXX—2.

Mas yo os digo; no jureis de ninguna manera.
SAN MATEO V. 34,

EN estos desdichados tiempos de impiedad y de indiferencia religiosa, do quiera que volvamos la vista, encontramos la negra huella que dejan en el organismo social, en plena descomposición, una filosofía y una enseñanza sín Dios, que dijo Castelar, y una despreocupación, que si en el orden religioso toca en la blasfemia, en el orden de la civilidad toca en el punto más alto de la grosería y la falta de educación. Por eso ensordecen nuestros oidos la

frase soez y nauseabunda, el sacrilegio horrible y el juramento en todos los tonos, á la luz del día, en las calles y en las plazas, á la faz de cuantas personas cultas ó piadosas cruzan abochornadas ante esa completa corrupción que denuncia un nivel moral ínfimo.

Las autoridades, por lo visto, y los dependientes de estas, nada pueden hacer en obsequio de las buenas costumbres y el decoro de los ciudadanos. Así se vé á diario, desde el menor de edad hasta el ganapán barbudo, alzar la voz en la vía pública para maldecir impiamente de Dios y de sus santos, ó para injuriar lo más sagrado aun para el hombre desprovisto de creencias, aun para el salvaje; el dulce nombre de madre que debiera pronunciarse siempre con veneración y con amor.

La prensa cubana (digámoslo en su honor) más de una vez ha clamado porque se aplique un severo correctivo á los que de ese modo cínico y asqueroso, faltan á Dios, á sí mismos y á sus semejantes. Bien recientemente *El País*, y *El Español* de la capital y *La Verdad*, de Cienfuegos, han dedicado al asunto elocuentes párrafos; pero hasta ahora, no sabemos que se haya hecho nada por evitar el triste espectáculo de esos incalificables escándalos en las poblaciones.

Y sin embargo, el remedio no es difícil. Véase un medio tan sencillo como práctico puesto en ejercicio por el Alcalde de Santander, secun-

dando á la primera autoridad civil, medio que recomendamos muy eficazmente á nuestras autoridades de Cuba:

«Don Francisco Pedraja, Alcalde constitucional de esta ciudad.

«Hago saber: Que secundando los propósitos del digno señor Gobernador civil de la provincia, cumplo con el deber que me han impuesto mis honrados convecinos. Todos habeis tributado homenaje de respetuosa consideración á favor de la primera autoridad, porque ha perseguido con laudable celo toda palabra injuriosa á la santidad de Dios, palabra que, sobre manchar los labios de quien la pronuncia, desdice altamente de los pueblos que se llaman cultos, y produce con su mal ejemplo séres apartados de toda idea del bien y promotores del escándalo.

«Por eso vuestro Alcalde, inspirado en su honrada, cristiana y sincera voluntad, ha de contribuir con empeño constante á la desaparición en esta capital de la denigrante y grosera costumbre de blasfemar.

«A fin de no verme en la necesidad de aplicar el castigo que la blasfemia merece con arreglo á la ley, ruego á los pocos que tengan semejante costumbre que contribuyan por su parte á extirpar de nuestra capital el vicio que no está en conformidad con su notoria cultura; más si, lo que no es de temer, fueran inútiles mis leales advertencias, tengan entendido que estoy resuel-

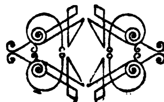
to á ser inexorable con los contraventores de este bando.

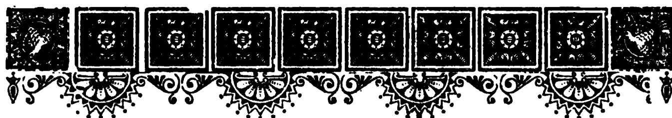
«A este fin ordeno á mis dependientes, especialmente al Cuerpo de guardia municipal, bajo su más estrecha responsabilidad, me den inmediatamente parte de toda persona que blasfeme injuriando al santísimo nombre de Dios ó de sus Santos, é invito al mismo tiempo á todo vecino á que, en la forma que estime conveniente, me comunique el nombre de quien, con escándalo público, haya infringido lo que en este bando se ordena.

«Aprovecha esta ocasión para saludar á sus convecinos, *Francisco Pedraja.*—Santander 9 de Julio de 1892»

¿Tendrá imitadores en Cuba la conducta de esta autoridad celosa por la cultura del pueblo?

Esperemos.





LA CUESTION SOCIAL.

I.

AHORA tenemos que *La Unión Constitucional*, no contenta con la atrocidad que dijo hablando de la Encíclica de Su Santidad, se declara hoy en completa oposición con el espíritu de tan admirable documento, en su artículo: *En bien de la mujer.*

Pero haremos al periódico de la calle del Teniente Rey la justicia de creer que sus errores no son por ignorancia ni por malicia, sino hijos de esa lijereza imperdonable con que el colega se ocupa de cuestiones dignas de más reposado estudio.

*

La cuestión social, ó mejor dicho, el conflic-

to social, tiene varias fases. Una de las más importantes es el trabajo de la mujer.

Pues bien; el colega dice hoy, ocupándose de la suerte de la mujer. «En la época de vertiginoso progreso de *completa regeneración social* que hemos logrado alcanzar, asombra el grandioso espectáculo que dan al mundo los grandes de la tierra, esmerándose á porfía por mejorar la triste condición de las clases desheredadas por la fortuna, de aquellos infelices séres que aún hace pocos siglos eran por los nobles considerados como *cosas* y no como *personas*.»

Aparte de que la afirmación de que hemos logrado alcanzar la completa regeneración social, es bastante gratuita, pues en Cuba mismo, aquí, delante de los ojos de *La Unión*, tenemos la esclavitud blanca, en el comercio, esclavitud mil veces más odiosa hoy que ha cesado la negra, ¿de dónde saca el periódico que los grandes de la tierra se esmeren á porfía por mejorar la condición del obrero? ¿Tal vez en el vergonzante *modus vivendi* de nuestro gobierno respecto del descanso dominical y la jornada de trabajo? ¿Acaso en los buenos deseos del Emperador de Alemania en favor del proletario? Pues entienda *La Unión* que eso no demuestra la caridad ni la generosidad de los grandes de la tierra, sino el cobarde miedo de los gobiernos á esa ola del socialismo y de la anarquía que viene encima de ellos rugiente y amenazadora para hacer-

les pagar los errores de su política sin Dios, y material y egoista.

Y aún hay más. En lo del descanso dominical, el Gobierno no ha hecho otra cosa que rendirse á la campaña enérgica, inteligente y cristiana de algunos sabios Prelados españoles que ocupan sus escaños en el Senado.

*

Solo un grande de la tierra, el más grande de todos los soberanos, ha hecho algo por la suerte del obrero, no por miedo, no por sustentar su poder, que ya no descansa, por virtud de la usurpación, en los bienes del mundo, sino en las almas. Ese grande de la tierra es Su Santidad León XIII y precisamente *La Unión Constucional* está en abierta oposición con el espíritu de su admirable Encíclica.

Dice el Soberano Pontífice, (óigalo *La Union*):

«De cualquier modo, es claro, y en esto convienen todos, que es de extema necesidad acudir rápidamente con oportunas providencias en auxilio de los proletarios que en su mayor parte se encuentran indignamente reducidos á demasiada triste condición.

«Pues suprimidas en el siglo pasado las corporaciones de artes y oficios sin sustituirlas con otra cosa, al mismo tiempo que las instituciones y las leyes se alejaban del espíritu cristiano, sucedió que poco á poco los obreros quedaron

solos é indefensos en frente de la codicia de los patronos y de una desenfrenada competencia. Aumenta el mal una usura devoradora que á pesar de haber sido tantas veces condenada por la Iglesia, sin embargo, existe del mismo modo aunque con nueva forma, ejercida por hombres codiciosos y especuladores. Añádase á esto, el monopolio de la producción y del comercio ejercido por un número relativamente muy pequeño de grandes capitalistas, los que han impuesto á la infinita multitud de los proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos,»

*

Ya sabemos, pues, por boca del Supremo Jefe de la Iglesia, lo que hacen y como proceden los poderosos, los ricos de la tierra. Después de ésto, puede *La Unión*, que habla con la satisfacción de los hartos, seguir haciendo la apología del egoismo y de la sórdida avaricia de nuestros opulentos.

*

El telégrafo se ha encargado de trasmitir á todos los extremos del mundo, los desafueros criminales de los anarquistas de Jerez.

Todo el mundo los repugna y los anatematiza. Todos se preguntan mentalmente á donde irá á parar esta generación por tan obscuros derroteros.

Nosotros, fijándonos más que en nada, al es-

tudiar la cuestión social, en las palabras de la admirable Encíclica: *De conditione opificum*, creemos que todos cuantos desmanes se cometen en el mundo, obedecen á dos causas originarias: *la falta de Religión en el pobre; la falta de caridad en el rico.* Con estos dos ocultos gérmenes de descomposición, se comprenden y conciben todas las más sangrientas revoluciones.

Aún más directamente que al proletario, dirije su autorizada voz el Sumo Pontífice á los poderosos, á los ricos. ¡Caridad! ¡caridad! clama el santo prisionero del Vaticano. Caridad para el que nada sabe; caridad para el que nada posée, caridad para el que entregado al ínstinto natural, al grosero apetito, sin freno religioso que lo guíe, y por lo tanto, sin freno moral que lo coarte, es materia dispuesta al impulso del malvado é instrumento inconsciente del crímen, de la revolución, de la anarquía.

*

Pero ¡ay! la voz de Su Santidad no se escucha y si se escucha no se obedece. Por eso publica un periódico noticias como la siguiente, que producen sonrojo:

«*En Baeza han sido detenidos y procesados tres sujetos, por robo de* TRES ACEITUNAS *en una finca de dicha localidad.*»

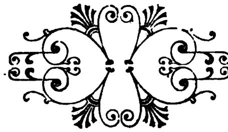
¡Que horror! Un propietario que dennncia el miserable hurto de tres aceitunas..... ¡Qué po-

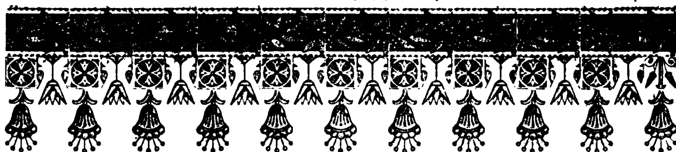
bres, que desvalidos debían encontrarse los infelices autores de ese *delito.....*

Y ahora bien: ese propietario que lleva á los tribunales de justicia á esos tres desgraciados, ¿podrá extrañarse mañana de que sean talados sus olivares?

¡Caridad! ¡caridad, poderosos!... caridad con el que nada posee, ni siquiera resignación cristiana, para que no se le ocurra pensar en que los que no tienen son más fuertes que los que tienen.

En cuyo caso, el despojo es seguro, es inevitable.





LA CUESTION SOCIAL.

II.

Si de alguna cuestión se preocupan actualmente los gobiernos y los Estados, si de alguna nunca se hablará lo suficiente ni se hará un estudio demasiado detenido, es de la cuestión social. Ella ha fijado desde la atención del Jefe Supremo de la Iglesia hasta la de los legisladores, siquiera el mal hondo, profundamente hondo que se siente y que palpita en todas las sociedades del mundo, más que la previsión de las leyes humanas exija las grandes actividades de esas mismas sociedades, entregadas á una criminal indiferencia de la cual á veces viene á despertalos el chispazo de la hoguera próxima

á propagar el fuego á los cuatro extremos del mundo.

Por esto mismo, más de una vez y en el buen deseo de aportar nuestro insignificante grano de arena á la regeneración social, por medio de la fe y de la caridad, hemos consagrado los pobres frutos de nuestra pluma á la cuestión social, tema entregado á la prensa hace mucho, y que cada representante de ella estudia según sus aficiones ó sus aptitudes.

* *

Hoy viene á herir nuestra atención un episodio ocurrido en un tribunal de justicia de la Corte, episodio que los espíritus superficiales calificarán de cómico y hasta leerán en medio de alegres carcajadas, pero que los espíritus reflexivos y las almas cristianas leerán con honda pesadumbre.

Trátase de un infeliz anciano, sometido á juicio de faltas por embriaguez é insultos á los agentes de la autoridad. «*Es un viejo de sesenta años*, dice el periódico del cual recogemos la noticia, *alto, de cara arrugada, barba blanca, calvo y sin dientes. Con los pies descalzos, llenos de grietas y el cuerpo envuelto en un monton de harapos, cosidos unos á otros con cordeles, todo en él respira tan gran miseria, un abandono tal, que á primera vista impresiona dolorosamente.*»

*

Juez.—¿Cual es su estado?

Acusado.—Este que V. S. ve: casi no me sostengo de hambre.

Juez.—No pregunto eso. ¿Es usted soltero, casado ó viudo?

Acusado.—Soltero, señor: para desgracia la mia basta.

Juez.—¿Cual es su modo de vivir?

Acusado.—Trapero en verano.

Juez.—¿Y en invierno?

Acusado.—En invierno...... me ocupo en estar preso.

Juez.—Eso no es ocupación.

Acusado.—No lo será, pero á mí me conviene porque me libro de morir de hambre y de frío. En el verano se arregla uno como puede, pero en invierno sin ropa y con frío, no se puede vivir y lo mejor es ir á la cárcel.

Juez.—Usted, por lo visto, ha estado preso muchas veces.

Acusado.—(Después de calcular un poco). Lo menos cien veces, pero nunca por robar, siempre por borracheras.

Juez.—¿Y no le da á usted vergüenza decirlo? Un hombre de su edad......

Acusado.—¿Vergüenza, eh?... ¡Si lo hago á propósito para estar preso! Vergüenza le dará al que roba ó mata; pero á un pobre viejo que no puede trabajar......

Juez.—(Algo condolido). ¿Pero no sería mejor que entrase usted en un asilo?

Acusado.—Ya me han llevado á San Bernardino; pero después me echaron. Aquello es malo y triste. Me gusta más la cárcel.

Juez.—De modo que quiere usted ser condenado por fuerza...... ¿Y si nó lo condeno?

Acusado.—Me haría V. S. mucho mal.

Juez.—Bueno... pues quince días á la cárcel.

Acusado.—(Muy contento). Muchas gracias, señor; muchas gracias. ¡Qué Dios se lo pague!...

Y salió tan complacido de una sentencia que significaba para él, quince días al abrigo del hambre y del frío.

*

Lector amado: ¿No sientes tú frío en el alma, compasión hondísima en el corazón, después de haber leido este horrible interrogatorio? ¿Y no te preguntas, espantado, que es de la caridad, que hacen, que idean, que practican nuestras sociedades para librar de la miseria á tantos infelices como pululan por nuestras calles, sin otra posesión ni otro bien que su propia miseria?

Se dirá que existen asilos, establecimientos oficiales, instituciones sostenidas por el gobierno. Pero eso es poco y las sociedades no se defienden con lo que realiza el Estado sino con lo que practica y realiza la iniciativa particular.

Hospitales, establecimientos de caridad teníamos en la Habana, y sin embargo, la piedad de nuestro generoso pueblo ha fundado un asilo de mendigos (*La Misericordia*) que ha dispensado él solo más bienes al desvalido que cuantos asilos se habían fundado anteriormente por la accion oficial.

*

La caridad es la única que puede modificar la situación precaria de nuestras clases desvalidas. Ahí deben llevar el contingente de sus recursos, de sus donaciones, de sus limosnas, nuestros ricos, nuestros poderosos, esos reyes del capital, que después de haber cimentado una fortuna, no hallarán mejor objeto en que invertirla que haciendo el bien, repartiendo lo que les sobra entre los que nada tienen.

Es verdaderamente raro, llama vivamente la atención que en este país, donde se han realizado, y aunque no en tan gran escala, se realizan tantas fortunas, no exista un solo establecimiento de refugio para ancianos inutilizados para el trabajo. Es más, creemos que ni para ancianos, ni para nadie. La Habana, una ciudad tan populosa y tan rica, donde tienen asiento capitales tan considerables, no cuenta con una sola casa para fines benéficos, que pueda llevar escrito sobre sus muros el siguiente letrero: *La mandó edificar con sus capitales ganados en este país*

el señor D.......... y se sostiene con las rentas que le ha asignado. (*)

*

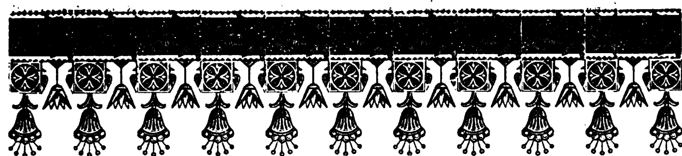
En otros tiempos los ricos no fueron tan aborrecidos por el pobre, porque había más caridad, porque las miserias sociales se remediaban con más celo que hoy, porque un lujo escesivo no insultaba con su ostentación el hambre de los miserables.

Hoy el egoismo ha invadido las clases altas. Se hacen limosnas en *kermesses*, más que por sentimiento piadoso del corazón, por formar en las listas de suscripciones públicas: por rivalidad. —*Voy á dar tanto, porque Fulano dió cuanto.* Y se da el caso de que algunas veces se indique el deseo de ser el último en lista, *para dar arreglado á lo que dieron los demás........*

¡Ah Caridad, bendita hija del cielo! ¡Ah don misterioso del corazón cristiano, tanto más grande cuanto más ocultamente caes sobre la morada del pobre! ¡Cómo te ha prostituido esta generación materialista y ruin!..... Hasta el nombre te ha mudado y confundiendote lastimosamente con tu hermana bastarda, te llama... *filantropía.....*

(*) Solo existe y se sostiene la de las *Hermanitas de los Pobres* (Quinta Santovenia) fundada por la Excma. Sra. Dª Susana de Benitez.

En Matanzas tampoco existe, como no sea la hermosa fundación de las *Hermanitas de los Pobres*, sostenida por su abnegación y las limosnas del pueblo.



LA REDENCION.

UNA voz que viene de lo alto y que suena con prolongado eco en todos los confines del mundo católico, invita á la oración y al recogimiento en estos días que la Iglesia consagra á meditar en uno de los misterios más tiernos de nuestra santa Religión: el misterio de la redención humana.

Al eco de esa voz que nos despierta en medio de la agitación y del tumulto de esta vida de placeres y de dolores, de luchas y de esperanzas, hagamos un corto paréntesis en nuestras diarias tareas, para reflexionar, siquiera sea brevemente, en los destinos de la humana estirpe, dejándonos llevar por aquella fe noble y sincera que nos fué inculcada en la cuna por el amoroso acento de nuestra madre al balbucir la primera

plegaria. Acudamos al templo donde los sagrados ritos nos recuerdan el cruento sacrificio del abnegado apóstol, del Hombre Dios, ofrecido como holocausto en la cima del Gólgota sangriento por la redención del género humano.

Allá en la altura se ve. Todo un pueblo servil y decrépito, encenagado en los vicios más infames y en el más grosero sensualismo, colma de injurias y de ludibrio al apóstol sublime, cuyo único delito es predicar una doctrina de paz y de amor en el seno de una sociedad malvada y envilecida.

Aquella ciudad por él tan amada, aquella ciudad de quien se lamentaba diciendo: *¡Jerusalém, Jerusalém! cuántas veces te he llamado como la gallina llama á sus polluelos;* la ciudad preferida entre todas, concítase contra quien jamás tuvo para ella, más que palabras de ternura.

Todas las iras se sublevan, todos los odios se suscitan, todos los anatemas se descargan sobre la inocente persona del Salvador, que constantemente predicó la humildad y el perdón de las injurias. *Solo una cosa os encargo*, decía á sus discípulos; *que os ameis los unos á los otros.* ¡Sublime enseñanza! Pero ¿quién pudo jamás echar en cara á un pueblo sus defectos ó sus vicios sin atraerse las populares iras?

Por eso marcha Jesús cargado con el duro peso del infamante madero al lugar del suplicio. Los pocos seres que le amaron en el mundo, sí-

guenlo como la sombra al cuerpo, mudos, llorosos y desolados, desafiando las brutales iras de la grosera soldadesca. Jesús sube en tanto, humilde y resignado el áspero sendero del Calvario. A su oido llegan los lamentos de las santas mujeres y solo entonces se despegan sus labios para exclamar: *No lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos.* Mas tarde, consúmase el inhumano sacrificio ante la furia de los desencadenados elementos y el espanto de las crueles verdugos.

Pero la idea no ha muerto con el mártir. El sol de la redención rompe las nubes y alumbra el cielo del mundo. En vano el despotismo, durante tres centurias, amordaza la voz del Evangelio, levanta suplicios, persigue apóstoles, atormenta y sacrifica mártires. La doctrina de paz y de amor cunde por todos los pueblos y en cada gruta de los montes, en cada cripta de las catacumbas, en cada suburbio de las ciudades, se levanta un héroe para predicar la buena nueva, para echar en cara al poderoso su olvido de Dios y su culto al error y la liviandad.

Los tronos se conmueven en su base, los ídolos caen, los esclavos rompen sus cadenas, la mujer, ayer instrumento de torpeza, hundida en todas las degradaciones, se levanta regenerada por la santa doctrina para ser esposa, para ser madre. La civilización cristiana dulcifica las costumbres, dignifica el amor, crea la familia,

eleva el espíritu á la altura de donde procede, da fuerza al derecho, afirma las leyes, consolida el estado y llevando consigo, por fin, la bendita semilla, la va esparciendo como celestial rocío desde el pueblo envilecido é idólatra hasta las más apartadas regiones envueltas en la sombras de la barbarie. He ahí la historia de la redención, que tiene origen en un suplicio y cuyos beneficios han llegado hasta nosotros á través de los siglos y de las revoluciones.

Jesucristo, apóstol de las más santa de las causas, elevado en lo alto de un madero y objeto de desprecio para el pueblo judío, es el foco poderoso de donde irradia con vivos resplandores la luz de la civilización. Doctrina de paz, de fraternidad, de amor, la suya, aceptada por todas las escuelas; es el origen de las verdaderas democracias y sus preceptos eternizados por la virtud de su alto origen van de generación en generación pregonando aquella tierna y sobrehumana historia de la predicación humilde y maravillosa de doce hombres de la más ínfima extracción, fuertes por la fe, invulnerables por la convicción, valientes por la excelencia del dogma, que cruzando el mundo del uno al otro extremo, echaron en el surco de las inteligencias la semilla de una religión, si grande por su origen, grande también por ser la rudimentaria base de las modernas sociedades.

Marzo de 1892.



LA PRENSA IMPIA.

Escriben á la *Correspondencia de España*, desde Castellón: (Valencia).

«Ayer se vió en juicio oral por jurados una de las causas instruidas contra el Sr. Martínez Barrajón, director del semanario libre pensador *La Bandera Laica*, por ataques á la Religión. Dictado por el jurado veredicto de inculpabilidad, y no conformándose con él el ilustrado teniente fiscal de esta Audiencia D. Luis López Bró, solicitó del tribunal de derecho se viera la causa por nuevo jurado, acordándolo así el tribunal. Este es el primer caso que se ha presentado en esta Audiencia de lo criminal, aunque son bastantes las veces que lo hemos oido solicitar por el ministerio fiscal.

Hoy se ha visto otro por idéntico delito contra el mismo periódico, cuyo director ha sido condenado á la pena de cuatro años de prisión correccional, accesorias y costas.

Hemos oido decir á ilustrados abogados que el informe de la acusación, á cargo del dignísimo teniente fiscal Sr. Bró, ha sido quizá el mejor de los pronunciados por dicho señor en su brillante carrera.»

*

Cuba no puede ni debe presumir estar en posesión de mayores *libertades* que goza la madre patria. En ese sentido, ¿porqué se observa aquí semejante benignidad con la prensa que á diario ataca de una manera audaz y asquerosa las creencias de la mayor parte de los habitantes de este país?

Somos periodistas, y como tales no hemos de holgarnos de los perjuicios que sufre un periódico. Por eso mismo, porque tenemos en mucho los deberes profesionales, jamás estampamos en nuestras columnas el nombre del periódico á quien nos vemos en el caso de refutar, con objeto de que nunca pueda decírsenos, (aunque mucho pudiera discutirse ese punto) que ejercemos la triste misión de denunciadores. Pero de callar el nombre del periódico que ultraja á la Religión á pasar en silencio estos desafueros de la prensa impía, hay mucha distancia, por lo cual se nos

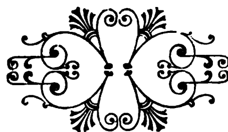
ocurre preguntar: ¿por qué en la Península se le persigue y encausa al periodista que, hollando la Constitución del Estado, no guarda el debido respeto á las creencias católicas y aquí gozan de completa impunidad cuantos las maltratan y escarnecen? ¿No son estas provincias parte integrante del Estado? ¿No rige para Cuba la Constitución del Reino? Nosotros creemos que son bien fáciles de contestar estas preguntas. Lo que aquí ocurre, es que una atroz indiferencia invade todos los órdenes sociales y por consecuencia de ella, se ven publicados en letras de molde tantos horrores, tantos sacrilegios.

La Constitución del Estado garantiza la libre emisión de todas las opiniones religiosas, pero también prohibe los ataques para *cualquiera religión que tenga prosélitos en España.*

Y si de ese modo se impone al ciudadano el respeto á las opiniones de cualquiera religión falsa, ¿cómo ha de permitirse el ataque, el insulto, la irreverencia para la Religión católica, la única verdadera, que es á la vez la Religión del Estado, la Religión de la Monarquía, la Religión de más de diez y siete millones de ciudadanos?......

Llamamos, pues, muy encarecidamente la atención de aquellos superiores funcionarios á quienes está encomendada en este punto la fiscalización y la vigilancia. Con bien poco que pongan de su parte, verán en que localidades de

la Isla y por que periódicos se vulneran los preceptos constitucionales, con el constante ultraje á la Religión que profesan más de las dos terceras partes de los ciudadanos españoles.





LOS HOMBRES DEL PORVENIR.

Su Santidad el Papa León XIII, en la Encíclica que prepara sobre instrucción pública, afirmará, que de la enseñanza laica proviene la mayor parte de los graves trastornos que afligen á la sociedad y á la familia.

¡POR cuantos medios y señales puede venirse en conocimiento del estado de terrible descomposición en que se encuentra el organismo social!

En las altas esferas el egoismo, la frivolidad, la concupiscencia, el lujo desenfrenado, el afán de figurar y el completo olvido del importantísimo asunto de la salvación. En las clases bajas la inconformidad con la suerte, la ira latente contra los que poseen, la absoluta falta de creencias, el menosprecio de todo lo divino, los desafueros del anarquismo y el socialismo pugnando

por romper la válvula que sujeta el poder, no por la convicción, ni la educación, ni el remedio á los males públicos, sino por la fuerza de las bayonetas.

Una generación que se va llevándose consigo lo poco que restaba de apego á las tradiciones del hogar y de la patria, la fe en el porvenir del espíritu y la esperanza en la Providencia. Una generación que le sucede, de fe vergonzante, de transacciones con todos los convencionalismos de una sociedad todo oropel y todo engaño, que ha echado en el surco la semilla de nuestros futuros infortunios. Por último, una generación que llega, decrépita ya en la infancia, atea en la niñez, irrespetuosa y soberbia como amamantada en las perniciosas, en las infames doctrinas de este siglo presuntuoso y mísero.

No busquemos el objeto de análisis lejos de nosotros. Aquí le tenemos, aquí vive y se mueve un cuerpo social para hacer el esperimento *in anima vili*. Pasemos la vista por nuestra prensa, de la cual una parte considerable está cansada de predicar un día y otro día, que *la Religión no es precisa para el predominio de la moral.* Pues esa prensa, aquí, en Matanzas, en Cárdenas, en Cienfuegos, en toda la Isla, llena á diario sus columnas con el relato de las fechorías de nuestra juventud dorada y de nuestra niñez que empieza á dorarse. Ya se denuncian los escándalos sacrílegos en los templos; ya los pe-

queños robos en la vía pública contra indefensas y descuidadas damas; ya la asquerosa blasfemia vomitada con visible quebranto de la moralidad de nuestras familias; ya las agresiones y las luchas de cuchillo y revólver; ya..... algo más grave, algo que pone de relieve la inmunda lepra que corroe á la generación que viene, algo que sonroja y pone miedo en el ánimo al considerar *como marcha el mundo* y como se *progresa* y cuanto saben los niños de esta época *civilizada* al decir de los apologistas del siglo, sin duda porque no ignora nada de cuanto malo existe, aun que no alcance ni una tilde de todo lo bueno que debiera saber.

Al pasar la vista, por necesaria condición de nuestro oficio, por esos clamores impresos de los diarios cubanos, y no por clamores mudos menos elocuentes, una involuntaria sonrisa templa la indignación que surge de tanta miseria. Pero que, ¿no es la base de toda impugnación para nuestra propaganda católica, la afirmación rotunda de la prensa libre, de que la Religión no influye en modo alguno en la moral de los pueblos? ¿No hemos escuchado recientemente los desahogos de cierto periódico de Cienfuegos, contra la enseñanza religiosa? ¿No estamos cansados de oir días y días el elogio más cumplido y la más entusiasta apología de la enseñanza laica, ó sea (para que lo entiendan todos) de la enseñanza sin Dios? Pues ¿de qué os quejais

hipócritas, ladrones de creencias, envenenadores del corazón no formado, enemigos de la paz del hogar y de la santidad de la familia, puesto que arrebatais la paz del corazón y negais la santidad del matrimonio convirtiendo el sacramento en un contrato?

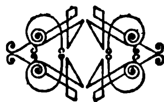
Le decis al niño:—no hay Dios—¿y quereis que tema á Dios? Le enseñais al infante á guiarse en todos sus actos por la razón, ¿y quereis que proceda á sus años como un hombre discreto? Le enseñais á mirar la autoridad paterna, no como representación de Dios en la tierra, sino como lazo convencional solo preciso hasta la emancipación, ¿y pedís al niño obediencia? Le enseñais á considerar la unión, el matrimonio, como un contubernio que autoriza el juez y garantizan las leyes de un país donde se echan las leyes con tanta facilidad abajo, ¿y pedís en el niño respeto y sumisión y amor para los autores de sus días?

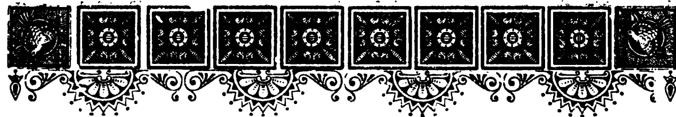
La generación presente, no es peor, en modo alguno, que las que le han precedido, nó; ¿por qué es, entonces, la corrupción tan honda, la desmoralización tan profunda, la descomposición tan extensa que toca, abraza y envuelve todos los órdenes, toda esa vasta série de concéntricas que constituye el organismo social? No es mal ingénito, es mal de educación; no es mal de orígen, es mal del ambiente que respiramos; no es perversidad del ser que se educa, es perversidad

impía del educador que funda un sistema de educación sin tener á Dios por norte y por inspiración, cuando del temor de Dios emana todo saber, toda ciencia.

La enseñanza sin Dios está dando sus frutos más pronto de lo que pensaron, seguramente, los que no hace siglo y medio sembraron la semilla. ¿Queréis ver esos fruto? Bien á la vista están. Niñez corrompida que no ama ni reza; juventud que blasfema y lleva en la frente la señal de los vicios más vergonzosos ¿A dónde van? A la anarquía, á la revolución, á volar iglesias con dinamita como en Valencia y asesinar ciudadanos indefensos, como en Jerez, por el delito de tener el asesinado dos pesetas más que sus asesinos. ¿Después? Después al patíbulo ó al presidio. Una generación sin Dios lleva en sus vicios su castigo. He ahí la obra del libre pensamiento.

Habana 1892.





EL NIVEL MORAL.

——

No somos pesimistas. Si no creemos que nuestro pueblo sea el mejor de la tierra, tampoco nos es dado creer que sea el más inmoral, el más corrompido, el más hondamente contaminado por la lepra de este siglo hipócrita y descreido. Pero si no somos pesimistas, el espectáculo lamentable de nuestras propias miserias, sugiérenos una multitud de dolosas reflexiones y de lógicas consecuencias, de las cuales se deriva un forzoso mal juicio del nivel moral que caracteriza á nuestro pueblo.

Es en vano que el sofisma se empeñe en deslindar los campos de la Religión y la moral. Unidas ambas como la sombra al cuerpo, ni cabe el predominio de la segunda sobre la primera, ni es concebible en razón que no esté

ofuscada por el orgullo, la existencia de la moral sin la base eterna é inmutable de la Religión.

Y aceptada en nuestro criterio católico esta afirmación, como es aceptada tácitamente por todos los pueblos de buen sentido, ¿no cabe creer que si nuestro pueblo carece en su mayoría de sentido moral se debe á la completa ausencia de creencias religiosas?

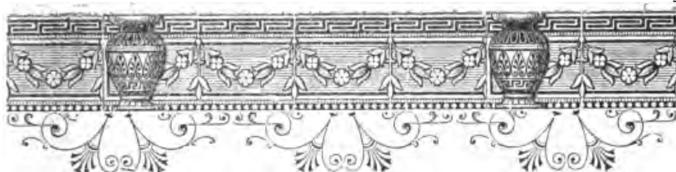
Observémosle si no en la mayor parte de los órdenes de su vida activa. Mientras tanto los templos se ven abandonados, los teatros, donde se representan espectáculos á todas luces inmorales, se ven nutridos de público; mientras tanto las escuelas permanecen desiertas ó no cuentan con las dos terceras partes del contingente de discípulos que el Estado les asigna, las calles y las plazuelas se ven llenas de niños que aprenden en la vagancia los rudimentos del robo y del crímen; mientras tanto la prensa encaminada á corromper los sentimientos y acrecentar las vanidades del bello sexo, de nuestras madres de mañana, goza de protección decidida, los periódicos de filiación católica y de sana doctrina arrastran una existencia trabajosa ó nacen á una vida que no es vida si no muerte anticipada.

En nuestras calles la prostitución más descarada se codea con las familias exhibiendo la podre de las costumbres más depravadas y asquerosas, con la insolencia que le presta la lenidad y la incuria de las autoridades ó de sus

agentes. El adulterio, el concubinato, los atentados al pudor, indignos de un pueblo civilizado, llenan á diario las columnas de nuestra prensa noticiera. El bandolerismo en los campos, el robo y el pillaje en las ciudades, el suicidio erigido en institución, el homicidio cansando la pluma del *reporter*, el vicio en todas sus manifestaciones, desde la violación de menores hasta los nauseabundos atentados contra natura, la venta pública y desembozada de obras y hojas pornográficas apestando la juventud y corrompiendo las curiosidades de nuestra infancia; todo, todo en fin, cuanto declara el abandono de toda noción moral, de todo resto de decoro, de toda idea elevada del origen y de la finalidad del espíritu.

Y que no ennegrecemos por un exceso de severidad ó un estravismo del análisis el cuadro expuesto, es notorio y evidente. Léase si no la prensa cubana, barómetro de la popular cultura y del nivel que alcanzan nuestras costumbres, ya que no en todos los casos la maestra del pueblo y el discreto director de la opinión.

Y todo esto, ¿no pone espanto en el ánimo y desaliento cobarde en el corazón? ¿Cuántos estamos dispuestos á colocar nuestro grano de arena en el edificio enorme de la regeneración social por medio del mejoramiento de las costumbres y el imperio de la moral católica? ¡Ay, tan pocos, que el contarnos solamente, siembra en el alma la idea de su imposible realización!



I

EN LA HORA SUPREMA.

——

> Rodeáronme los dolores de la muerte, me encontraron las angustias del sepulcro.... Libra ahora, ¡oh Jehová! mi alma.
>
> SALMO CXVI.—25.

La horrible sentencia ha caido sobre esas tres almas conturbadas por el recuerdo negro de sus delitos y por el presagio de su sangriento fin, como cae la noche insondable con sus sombras sobre la tierra.

Penetrad con el pensamiento en esas almas infortunadas. Con mayor opresión que la del grillete y las esposas, oprime su corazón la angustia del estrecho plazo que abarca sus existencias miserables.

¡Veinte y cuatro horas tan sólo!... El breve curso de un sol que nace, recorre el cielo con terrible, con espantosa rapidez y va á morir en

el sombrío horizonte. Cuando sus rayos tibios vuelvan á asomar entre los celajes de la aurora, alumbrarán un repugnante tablado en que siete escalones marcan la existencia de un hombre.

Venid, espíritus fuertes: penetrad en el recinto de la medrosa capilla, acercaos á esos tres reos miserables, y en nombre de la razón, del progreso, de la libertad que rompe los grillos del alma, de la civilización que, según vosotros, va envolviendo en un radiante nimbo de luz la haz de la tierra, habladles á esos sentenciados por la justicia humana á perder la vida con las primeras claridades del día.

—Hombre, no tiembles ante el pensamiento de la horrible muerte que te espera. Contigo, (que vivirás ya cortas horas), muere todo cuanto en tí significa vida y movimiento. ¡Pronto acabará tu sufrir!......

La justicia humana te castiga. Has sido un tonto en no burlaría. Caiste, y sólo te queda el recurso de llorar tu caida. ¿Eres inocente? Peor: no serás revindicado ni en este mundo ni en el otro. ¿Eres culpable? Pues sufre el castigo. Es verdad que en el mundo quedarán otros seres más criminales que tú, á quienes la justicia de los hombres no ha podido alcanzar; es verdad que tal vez esos mismos criminales se sonrían al verte subir trémulo y agonizante, con las ansias de la muerte en el alma y en el rostro, la escalera del patíbulo; pero ¿qué hemos de hacerle? En

la existencia no hay más que vencedores y vencidos: á tí te ha cabido la desdicha de ser de los últimos. Sufre y calla. Espera resignado la hora en que los rumores del amanecer te anuncien el término á esta espantosa noche que te cubre, lenta, horriblemente lenta por sus agonías; rápida, horriblemente rápida, porque la claridad del día será el primer aviso de tu hora postrera.

¿No es esto? Pues yo quisiera saber lo que el ateismo, la impiedad ó el libre pensamiento podrán decirle á un sentenciado en esa hora suprema, como no sea la deleznable, aunque consoladora frase de: «Espera el indulto......»

En cambio, ¡oh consoladora! ¡oh santa Religión, madre amantísima que nos recibes con un beso de amor en la cuna, y nos despides con un beso de paz y una oración en la hora de la muerte! ¡Cuántos consuelos llevas contigo en esos terribles instantes de desesperación y de agonía! ¡Cómo acaricias el alma conturbada con tus frases de dulce consuelo, de amorosa esperanza!

—Hijo, vas á morir. La sociedad por tí ofendida, la ley por tí pisoteada, tus semejantes por tí perjudicados en su vida ó en sus intereses, te castigan con la muerte; pero ¿qué importa? Ese castigo duro, cruel, terrible, te abre las puertas de otra vida mejor, donde, si tu arrepentimiento es sincero, es hondo, te espera la suprema bienaventuranza.

¿Eres culpable, eres criminal, eres miserable

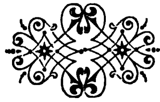
y vil? No te importe: la Suprema Piedad, la Infinita Misericordia son mucho más grandes, mucho más soberanas que la magnitud de tus delitos. Llora tus faltas, confiesa tus pecados, pide lágrimas á tu empedernido corazón para llorar los daños que has hecho; humíllate ante Aquel que será tu último juez, juez en quien no caben la pasión ni el error; juez que pesa las humanas obras con inflexible balanza; juez que ni se rinde al favor ni se doblega á la dádiva; acógete á él, que él te recibirá amorosamente en su seno y dejará caer sobre tu alma arrepentida y llorosa el caudal inmenso de sus perdones.

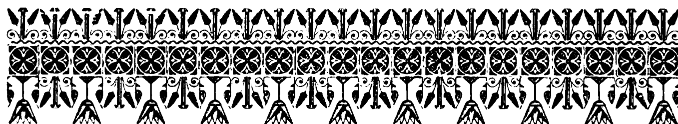
¿Eres inocente? ¡Feliz de tí! La muerte afrentosa que vas á sufrir será para tí glorioso martirio y la palma de los bienaventurados te será entregada á las mismas puertas de la gloria. Subes al cielo, pareciéndote á nuestro divino Redentor, que sufrió afrentoso suplicio siendo el cordero sin mancilla. ¡Bienaventurado tú que cambias esta penosa peregrinación de dolores y de lágrimas por la dicha eterna y las inefables venturas del cielo!

Espíritus fuertes: preguntad á vuestra conciencia, consultad á vuestro corazón y ellos os dirán mejor que mi pluma torpe y mi limitada inteligencia, la misión de la doctrina católica en la hora suprema de la muerte.

¡La Religión Católica!..... Bendita sea ella, tesoro de consuelos inefables que convierte en

un bienaventurado á un tigre carnicero. ¿Sabeis por qué? Porque la Religión es la esperanza, y la incredulidad y el ateismo, la desesperación.





LA CASA DE DIOS.

Mi casa es casa de oración y vosotros la habeis convertido en cueva de ladrones.
SAN MATEO, CAP. XXI, V. 13.

OH mentida, y falsa, y absurda civilización, ¡oh siglo XIX, inicuamente calificado de siglo de la ilustración, del progreso y de las luces! La realidad, la dura realidad con sus hechos se encarga de domar tu estúpida soberbia y tu presunción infundada, reduciendo á bien estrechos y mezquinos límites ese dictado de adelanto que por tí mismo te adjudicas.

Materialista y descreido en tus concepciones, positivista y grosero en tu filosofía, sensual y corrompido en tus sociedades, revolucionario y anárquico en tu política, carcomido por el vicio en la literatura y el arte, sin respeto y sin amor en la familia, excéptico y sin horizontes en el

porvenir, odioso en el fondo, siquiera brillante en la forma, al igual de los sepulcros blanqueados de que nos habla el Evangelio, todo lo has perdido, hasta la esperanza, porque la esperanza se sustenta en la fe, y tú no la tienes.

La prensa, esa prensa que ha servido de vehículo á las apologías que se hacen á diario de nuestra civilización, esa misma prensa se encarga todos los días, también, de servir de tornavoz á la barbarie de la época. Ya es un periódico, el más antiguo y respetable de Cataluña, que clama contra la corrupción literaria, ola de fango que envuelve en pestilente remolino á un pueblo dignificado por el trabajo; ya es un diario madrileño que excita el celo de las autoridades contra la venta publica y escandalosa de obras y periódicos pornográficos, pregonados *á grito pelado* (dice *La Correspondencia de España*), en las calles y las plazas de la Corte; ya lo declara otro órgano serio de esa opinión, denunciando obras punibles puestas en escena en los principales teatros de la nación; ya, en fin, lo declaran varios periódicos que justamente indignados, demandan un correctivo del poder para aquellos que en la vía pública y á la puerta de los templos, han vomitado insultos sacrílegos contra Dios y la santa Religión en las últimas procesiones de Semana Santa. ¡Vaya un progreso y vaya una civilización! ¡Qué libertad de pensamiento la que empieza por insultar las

creencias ajenas y los sentimientos de todo un pueblo creyente y piadoso!

Y esto que como un eco de la plena barbarie de nuestro siglo, llega á nosotros, pasa aquí mismo con lamentable frecuencia, sin que las autoridades llamadas á mantener el respeto al culto católico *que es la Religión del Estado*, pongan remedio á tales desacatos, dignos del Congo ó la Hotentocia.

No se celebra una fiesta en ninguna de nuestras iglesias donde la mirada no se fije en ciertos entes, que, llamándose personas bien educadas y hasta de buena sociedad, son dignos de las más acerba censura. Y somos tan blandos en el correctivo, porque generalmente se trata de jóvenes, casi niños, en cuya conducta se delata la mala educación y la falta de creencias, patrimonios del siglo y de las aulas donde han recibido sus primeras lecciones.

Con harta frecuencia, y sobre todo á las horas de misa, se ve una nube de jóvenes que con sus ademanes, sus gestos, sus risas y sus aptitudes, de una necedad incomprensible, llaman hacia sí la atención del pueblo que ora, cual si estuviesen solicitando una voz amiga que les dijese: *No es usted solamente un impío, es usted más que un impío un malcriado.*

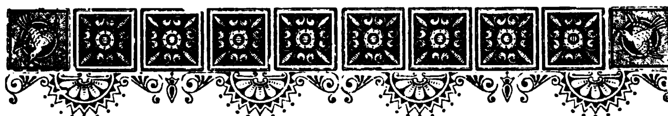
Nosotros estamos persuadidos de que la mayor parte de los que con su conducta escandalizan en nuestros templos, serían incapaces de

portarse incorrectamente en cualquiera casa decente ó sociedad del mundo elegante Y sin embargo, en la casa de Dios, pierden todo respeto, olvidan toda consideración y hacen formar tan pobre juicio de sus principios y de su civilidad.

Al templo se va á orar, á la iglesia se va á oir con recogimiento y respeto la palabra de Dios, no á servir de objeto de escándalo, á turbar la paz y el sosiego y á ofender las creencias y los sentimientos de quienes no pueden ver sin indignación tales desafueros. Y si en el fondo del alma de quienes asisten al templo, como simples curiosos, no hay fe, no hay creencias, ni nada hablan á su sentimiento las tiernas ceremonias ni la palabra divina, observen respeto y quietud, pórtense como hijos de un siglo que presume de civilizado, demostrando su cultura en la corrección y la compostura.

El castigo que Dios reserva á los que profanan sus templos ha de ser muy severo. Jesucristo lo ha dicho: *¡Ay de aquellos por quienes venga el escándalo! ¡Ay del que escandalizare: más le valiera no haber nacido!*





LA RESIGNACION.

"Venid á mi todos los que andais agobiados con trabajos y cargas que yo os aliviaré."
SAN MATEO, CAP. XI, v. 28.

Los que se revuelven iracundos y soberbios contra los trabajos que Dios les envía para probar su humildad y su fe: los que pretenden que el breve paso del hombre por la tierra, sea otra cosa distinta de lo que dispuso la Providencia al decir á Adán al tiempo de arrojarle del paraiso: *Abrojos y espinas producirá la tierra: con el sudor de tu rostro ganarás el pan;* los que sueñan con trocar las leyes inmutables del humano destino, pidiendo que sea el mundo, no lugar de prueba, tránsito rápido pero doloroso, sino reposado descanso y completo triunfo de placeres y de glorias; todos esos pecan contra Dios y condenan su alma, porque Jesucristo lo ha dicho:

«quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí.»

Y todos en esta vida estamos obligados á soportar una cruz más ó menos pesada. Uno carga la del sufrimiento físico, otro la de su miseria y su pobreza; éste la de la persecución; aquel la de la calumnia; el ignorante la de sus propios errores y de su castigo; el rico la de sus cuidados y sobresaltos; el desheredado de la fortuna la de su privación y su desamparo.

Nadie, por alto que se encuentre ni por copiosos dones que haya recibido de la voluntad de quien los reparte, nadie, por feliz que se considere, deja de tener su cruz en esta vida; que es condición humana, si ser distintos en el reparto de los bienes, ser iguales ante el sufrimiento y la muerte.

A cuantos veremos con envidia y si nó con envidia, (porque la envidia es pecado odioso), con propio dolor de no gozar de igual beneficio; á cuantos veremos en la altura del poder y la opulencia, creyéndolos completamente dichosos, y sin embargo, el dolor les acecha en las sombras y cae sobre ellos rápido como el rayo, igualándoles al resto de los humanos por el sufrimiento y el infortunio. Y aún aquellos pocos que han cruzado por la tierra rodeados de bienestar, de placeres ó de grandezas, han venido bien pronto á mezclar el polvo mortal y deleznable de sus huesos, con el polvo también mortal

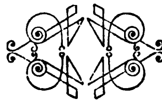
del más miserable de los mendigos. Seremos distintos en la vida; pero ¡ay! todos somos iguales en la muerte.

Además; ¿acaso vale el momentáneo paso del hombre sobre la tierra, la pena de disputar unos bienes que en nada habrán de pesar en la balanza de nuestros merecimientos en la otra vida? Tanta lucha de ambiciones y de odios para alcanzar un puesto en el mundo, para adquirir bienes terrenos, para dar satisfacción á los apetitos de la carne, y al cabo, ese cuerpo tan rodeado de cuidados y de satisfacciones ha de venir á ser pasto de los gusanos, y ha de caber holgado en una miserable fosa. ¿Merece, entonces, la vida, tanta agitación, tanto cuidado?

Sin embargo, Dios, la suprema bondad, ha puesto en nuestra alma una virtud hermosa, para hacernos llevadera nuestra mísera condición en este valle de lágrimas: la resignación cristiana, dulce sentimiento que suaviza el rigor de la suerte, haciéndonos tolerables el dolor y los duros golpes de la desgracia.

Debemos resignarnos, pues, con la parte buena ó mala que la Providencia nos asignó en la tierra y recibir los dolores y las penas como otras tantas pruebas que Dios nos envía para aquilatar nuestra fe y nuestra esperanza en el destino que nos espera en la otra vida, donde el premio ha de estar en relación con la pesadez de la cruz que hemos soportado. Allí es donde tendrá su

reinado la igualdad completa, igualdad que es imposible esperarla en este mundo; allí es donde los bienes serán repartidos con estrecha justicia; allí es donde no tendrá entrada el dolor, porque la presencia de Dios lo llena todo con su gloria. Querer que este mundo sea para nosotros lugar de tranquilos goces y de dicha completa, es un absurdo, y los que pretenden desesperados por *las injusticias de la suerte* modificar la humana condición, llenos de envidia y faltos de resignación cristiana, son unos insensatos, porque van persiguiendo la luz por el camino de las tinieblas.





DIOS LA PROTEGE.

Hace diez y nueve siglos que la Religión Católica, río caudaloso que nació en la cumbre del Gólgotha de un raudal de sangre divina, viene fertilizando el mundo á través de todos los obstáculos que se oponen á su marcha civilizadora, y hace diez y nueve siglos también que la persecución más formidable, en los albores del cristianismo suscitada por los gentiles y centurias más tarde por la reforma, ayer por los enciclopedistas y hoy por el libre pensamiento, la impiedad y el indiferentismo, se levanta como un reptil para herir en la cabeza á esa sacrosanta institución, que por ser de origen divino, ha sabido resistir y resistirá eterna-

mente al desgaste de los siglos y á los golpes de las revoluciones.

Es la Religión como una nave que providencial piloto dirige al esperado y risueño puerto, venciendo las tempestades del mar y de los cielos. Algunas veces fluctúa, otras se conmueve profundamente al rudo embate de las encrespadas olas, ahora zozobra como próxima á hundirse en el profundo piélago; pero ¡oh maravilla de su fuerza! el último golpe que recibe, en vez de anegarla, la levanta y entre las negras nubes que entoldan el cielo fulgura un rayo de sol que alumbra esa gloriosa brega de la verdad con el error, de la luz con las tinieblas.

—¿Porqué temeis, hombres de poca fé? ¿No estoy yo con vosotros?

Sí, católicos tibios ó pobres de fe: ¿á qué temeis? ¿quién puede con esa nave á cuya popa se sienta el Supremo Jefe de la cristiandad, en cuyas velas va impreso el glorioso signo de la cruz, en cuya proa, coronada de estrellas, teniendo por alfombra de sus piés la luna, se ve la hermosa imágen de María, de la Santa Madre de Dios, *Maris Stella*, la esperanza del navegante, la madre de los pecadores?

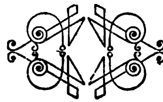
Dejad que se desaten los vientos de la impiedad; dejad que el oleaje negro y rugiente de las persecuciones salpique la borda de la nave católica con la espuma de la blasfemia; dejad que silve el huracán en las jarcias y en las velas.

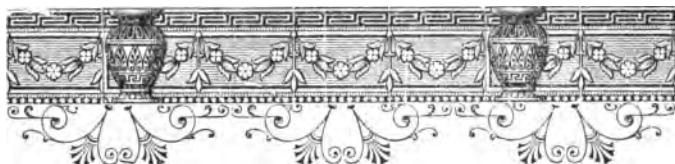
Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; la protección divina dirige su rumbo, la mano de Dios da fuerza á sus débiles maderos: no naufragará. Dios, como un tiempo en la persona de su divino Hijo, duerme en el mar de Tiberiades y en el fondo de la barca. No temais á los malos tiempos ni menos al naufragio. En lo más recio del huracán, el Señor que tronó en el Sinaí, que anegó á Faraón en el Mar Rojo, que nubló el día sobre el Gólgotha sangriento, ese mismo Dios se alzará del fondo de la nave, extenderá su mano prepotente y al solo impulso de su voluntad soberana, los vientos cesarán de rugir y la mar irritada se trocará en tranquilo lago.

La Religión Católica no puede morir porque no es una institución humana, si no divina y es como la madre de todas las humanas instituciones. A su sombra han nacido pueblos, estados, civilizaciones nuevas, legislaciones, costumbres, todo un mundo renovado en el Jordán de la doctrina cristiana de todos sus antiguos errores, de todos sus vicios, de todas sus absurdas creencias. ¡Ah! si la Religión Católica fuese una humana institución, ¿podría haber prevalecido á través de la guerra cruel, de la persecución terrible que ha llenado de sangre la tierra y de mártires el cielo?

Atravesamos días de prueba, días de angustia, que el Ser Supremo permite para demostrar de un modo más evidente su fuerza y para

probar nuestra fe. Pero todo ese tumulto, toda esa tempestad que se ha desatado contra la Religión, habrán de cesar por su propia y deleznable causa. La reacción está operándose tranquilamente en el seno de los estados. Las instituciones nuevas, todo lo que el error y la humana soberbia elevó á dogma, todo lo que la razón indómita y presuntuosa consideró conquistas del pensamiento, todo viene abajo con estrépito y ante el derrumbe social que se anuncia sangriento y espantable, los pueblos, los monarcas, los estados, empiezan á buscar con la vista algo más fuerte, algo más alto que no está en los códigos ni en las modernas teorías. La fe, la olvidada fe: la esperanza en los futuros destinos del espíritu: la caridad, llama inextinguible del corazón, que ha de unir en lazo de amor y de piedad á los que hoy se miran torvamente para despedazarse como lobos carniceros.





EL CRIMEN DE LISBOA.

La prensa anticatólica, siempre dispuesta á caer como el ave de rapiña sobre cualquier incidente ó suceso que se preste á servir de descrédito á la Religión, hase apoderado recientemente de un asunto muy oscuro que hoy ventila la corte de justicia del reino de Portugal, y no ciertamente para esclarecer y depurar los hechos que se dicen ocurridos en el colegio de las Trinitarias lisbonenses, si no por el contrario, para envolver en un tejido de calumnias y de horrores la comisión de un delito común y vulgar, para esprimirlo y hacerlo servir de traidora arma contra las instituciones re-

ligiosas y más particularmente contra la vida monástica.

Para esa campaña punible y vergonzosa se ha echado mano de todos los medios y de todos los recursos. Deposiciones falsas, tan pronto prestadas como desmentidas, acusaciones privadas y anónimas por referencias sin pruebas y otros expedientes parecidos. Periódico portugués serio y de importancia hay, que no vacila en atribuir como móviles preferentes á esa vil campaña de escándalo y difamación, *los apasionamientos mercantiles, y la explotación del sentimiento público para los ingresos y prosperidad de un diario.*

El principal sostén de las acusaciones terminantemente formuladas por *O Sécolo*, primer periódico que denunció el hecho de la violación y asesinato de la educanda Sarah, lo constituía la declaración de la testigo Guillermina Oliveira ó Guillermina Santos, (pues dicha testigo usa, al parecer, dos apellidos) y esa declaración ha resultado falsa en todas sus partes, según noble manifestación de los mismos periódicos que han hecho coro á las calumnias de *O Sécolo*, á quien han abandonado ya á su descrédito.

Dice un periódico de Madrid, informado por su corresponsal en Lisboa, que la testigo Guillermina, después de variar sus declaraciones hasta el infinito, no habiendo dos de ellas que concuerden, ha sido procesada por falso testimo-

nio. *A Palabra*, de Oporto ha abierto una suscripción en sus columnas para llevar á *O Sécolo* á los tribunales.

La mayoría de la prensa portuguesa, de la que forman importantísima parte los acreditados diarios *A Naçao* y *As Novedades*, publican protestas con firmas numerosísimas en contra de las falsas imputaciones de *O Sécolo*, á quien corresponde por entero la triste gloria de esa campaña de difamación que como nauseabunda ola de fango, ha tratado de manchar lo que está muy alto para los reptiles.

Hasta ahora lo que se desprende del sumario incoado, en cuanto tiene de público, es que el crímen es cierto, pero la violación no ha ocurrido en el convento, sino fuera. Además, el cadáver, practicada la auptosia, no presentaba señales violentas, creyéndose que el suceso fué natural y voluntario.

La misma prensa madrileña que tantos clamores levantó cuando *O Sécolo* inició su campaña, cállase ahora que empieza á abrirse paso la verdad. ¡Condición triste de los ataques que el encono y el ciego apasionamiento inspiran.

Y esto es cuanto queda de un hecho que ha despertado el interés del público, quien, dígase lo que se quiera, no persigue la verdad de estos sucesos para repudiarlos por repugnantes, sino para saciar una torpe curiosidad de detalles pornográficos, principal distintivo de nuestra pren-

sa llamada enfáticamente de información. Convencionalismos é hipocresía sociales.

*

Posteriormente el crímen de Lisboa ha sido debidamente esclarecido. Apropósito de él dice un periódico portugués cuya independencia se ha hecho notar desde los primeros ataques de *O Sécolo*:

«Ya se van descubriendo las infamias puestas en juego en el proceso de las Trinitarias de Portugal. Después de haber tenido en la cárcel algunos meses á la hermana Collecta, con infracción de los artículos 358 y 987 de la ley de Enjuiciamiento, se la declara inocente por aparecer que no tuvo intervención en el crímen de envenenamiento que se le atribuyó, y en cambio ha sido citada ante el Tribunal una señorita (?¿) Silva Oliveira, la que sirvió con sus *falsas declaraciones* al escándalo que se produjo en todas partes, y ha manifestado que todo lo que declaró es *falso en absoluto*. Si se lograra descubrir quien es el que preparó y excitó á dicha Oliveira para que mintiese y declarase contra las religiosas para desacreditarlas, sabremos una vez más de que son capaces los sectarios y de que medios tan ruines se valen, con tal de hacer odiosa la Religión y las personas sagradas.»

De todo esto se desprende que el origen del

gran escándalo promovido por algunos periódicos portugueses, ha sido el odio latente de la masoneria y el libre pensamiento á cuanto lleve el sello católico y su intención dañada de desacreditar sus instituciones.

1892




3 2044 048 083 430

